

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 7 de Marzo

Núm. 9

Año XII. No. 529

SUMARIO

Media estatua de Unamuno	Francisco Alcántara	La bandera del Mahatma	Luis de Zulueta
La cruz de Unamuno	Adolfo Araujo	Así habló Rabindranath Tagore	Luis C. Sepúlveda
La buena obra de Raymond Leslie Buell	Carlos Thomson	Eurípides (3)	Sir Gilbert Murray
Alfaro Siqueiros	Elena Torres	Desmorónense las patrias chicas, y las grandes también se desmoronarán	Juan del Camino
Don Arturo Urién, Cónsul de la República Argentina en Costa Rica	Carmen Lyra	La vida de Vivekananda (3)	Romain Rolland
¿Qué hora es? Hacia una Interpopular del Magisterio	Miguel de Unamuno y Manuel B. Cossío	Nuevos Rubáyat	Franz Tamayo
		Cambiemos la máscara	Persiles
		El crepúsculo de las dictaduras (3)	José Rafael Pocaterro

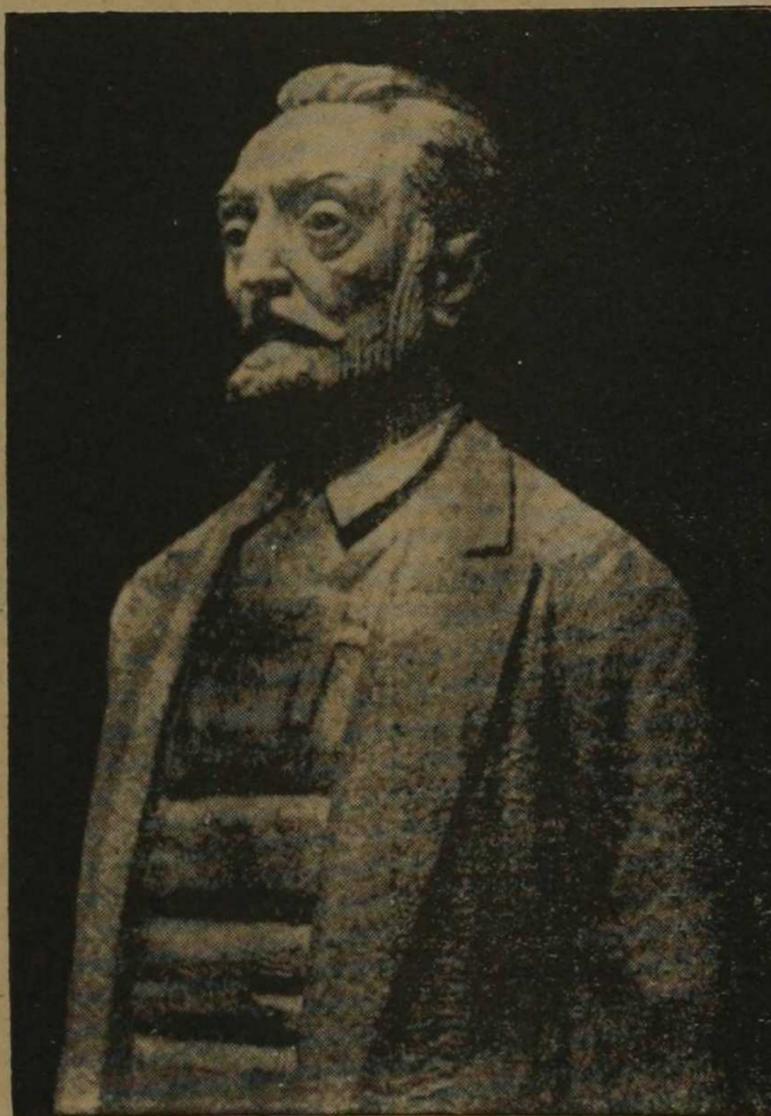
Victorio Macho adivinó oportunamente la existencia de un tema escultórico singularísimo y se lanzó sobre su presa. Este tema «era» y luego «ha sido», gracias a la inteligente y activa sensibilidad del escultor, la media estatua, el retrato, la expresión por medio de lo que se llama un retrato de la personalidad complejísima del señor Unamuno. La circunstancia del destierro de éste hombre no deja de contribuir a su propia exaltación idealista, así como a la aptitud de las multitudes para percibir en él lo mucho que tiene de excepcional. Circunstancia que aumenta desmesuradamente el interés de Unamuno como modelo escultórico, pictórico o literario, y las aptitudes del público para apreciar, para devorar en en la obra de arte las cualidades estéticas eminentes que haya podido desarrollar en su obra el artista. Pero, aparte de las circunstancias políticas referidas, las cualidades temperamentales de Unamuno, ansioso de verdad y perseguidor constante de la idealidad oscura, entre cuyas tinieblas tan poderosamente relampaguea su genio revelador de temas nuevos, Unamuno poseía antes, y posee cada día en mayor grado, suficientes y poderosos caracteres para constituir, tal y como él nació, se conserva y desenvuelve, un magnífico tema artístico de todas clases. Unamuno es el hombre público

español que menos se ha dejado contaminar por las vulgaridades sociales, o que mejor ha conservado el sabor del barro de que fué hecho y el de las tierras hispánicas por donde anduvo; que más puras conserva en su espíritu las notas originarias de su carácter. Es tan aldeano y cazurro como el casero vasco, amarrado a sus pequeños cultivos agrícolas o ganaderos. Es como el religioso, con esa religión que parece el secreto de las montañas de Vasconia. Es anticlerical por el estilo de los bilbaínos de hace sesenta años. El dios de este Unamuno, versadísimo en estudios, filósofo, maestro de griego, bíblico y co-

En el estudio de Victorio Macho

Media estatua de Unamuno

= De El Sol, Madrid. =



Unamuno Retrato de Victorio Macho.

mentarista de todo lo comentable, parece ser aquel dios terrible de la época de las cavernas; no obstante, Unamuno, que es un sabio, podía haberse hecho un dios más moderno. Pero esto mismo acrecienta el interés de su personalidad. España es una especie de imperio despilfarrado hecho a fuerza de grandezas increíbles; pero que ni cuajó oportunamente, ni quizá cuaje nunca, por las tendencias irremediabilmente anárquicas de todos los grupos más o menos caracterizados que pueblan la periferia peninsular. Se dice que España debe encaminarse a constituir una federación, y para constituir una federación consciente

se necesita reunir más cualidades intelectivas y de sumisión a un fin común que resignación y paciencia para ser llevados por una inteligente y poderosa minoría a constituir ese organismo geográfico peninsular, que parece no haya de salir nunca de las oscilaciones de nuestras ocasionales ansias federativas. Unamuno, tan apto para castellinizarse, para amar las tierras llanas peninsulares como ama las montañosas de su nacimiento, va al frente de otros escritores vascos, y quizá de los mismos escritores castellanos, predicando castellanismo, es decir, sentimiento de nuestra geografía, de nuestra historia, y adivinaciones de nuestra futura política por todos los ámbitos del idioma español y del mundo. Unamuno hoy robustece las ansias de trascendental unión afectiva de los hispanos, cosa que no solemos hallar servida en el enteco verbo de la multitud de los escritores que tantean, llenos de timidez y desesperanza, los caminos de nuestro porvenir. Mas la reciedumbre de la personalidad de Unamuno consiste en el ímpetu de fuerza ciega de la Naturaleza con que lanza sus paradojas y dispone en el espíritu colectivo la sementera de sus verdades confortantes. Su barbarie en el desempeño de esta función no tiene límites, y esta imtemperancia, esta barbarie es lo que más irrita a la domesticidad

y mansedumbre, a la paupérrima independencia de espíritu, de las gentes actuales. Por eso esta obra de Macho, que está llamada a patentizar esa barbarie del héroe en los encrespamientos afectivos intelectuales o políticos que en su gran espíritu se suceden, es merecedora de ser anotada como obra excepcional entre las escultóricas de nuestro tiempo.

Ya existía un retrato gráfico de Unamuno, del Unamuno de los corrillos literarios del Ateneo y de todas partes. Quizá también del Unamuno de la Universidad, porque este hombre desempeña su misión docente con la sencillez còti-

diana modesta y burguesa de un cualquiera. Trátase del retrato que le hizo Vázquez Díaz, con esa espiritualidad francesa a cuyo ritmo vibran hoy la literatura y las artes. Este retrato de ahora, como cosa más material, por ser escultórico y hecho por el artista más castellano que tenemos, quizá resulte más pleno de unamunismo, entendiéndolo aquí por tal cosa la relación de la materia, la forma y el espíritu de Unamuno con el suelo peninsular. Hay que tener en cuenta que todo lo que tiene de excepcional Unamuno consiste en ser la tierra, el barro andante y pensante bajo los cielos y a la luz de España. Hoy, estéticamente, se es de París; religiosamente, del clericalismo romano; mecánica e industrialmente, de Norteamérica... Pues bien: Unamuno, que es un hombre de estudio y cuya inteligencia se desparra por todos los ámbitos de las humanidades, es sencillo, austeramente español, a pesar de lo difícil que hoy resulta serlo. Los rasgos fisonómicos de Unamuno son de una especialidad y de una rareza tentadoras y suscitadoras en el artista de los instintos mimetistas que permanezcan más aletargados. Fatalmente, se viene al pensamiento, por inevitables derivaciones mnemotécnicas, al ver su frente en martillo de forjar. Y como no es otra cosa que esto su energía pensante, pues hasta parece, al leer sus escritos, que se está percibiendo el estruendo de las forjas y de los redobles, por lo cual no sólo no extraña, sino que aparece muy característico el abombamiento audaz de la frente en este retrato. Pero hay una rareza más estupenda aún en la fisonomía de Unamuno, que es su nariz. La nariz de Unamuno es como el enorme pico de un buitre, nariz apta para desgarrar los entresijos de los conceptos y de las ideas. Ha tenido Macho un acierto de zahorí al interpretar los ojos de Unamuno, ojos sin pupilas y en que las cavidades vacías se abren algo desmesuradamente como para dejarse penetrar por la vida a torrentes. Los planos de las sienas y de las mejillas son como amplios paramentos que desde el pelo a la barba relacionan todos los rasgos, con fuerte insinuación de monumentalidad perfectamente sentida y comprendida, desde todos los puntos de vista: de frente, de perfil y de espalda. En los cuadros de los hermanos Zubiaurre se percibe, en los grupos de paisanos vascos, la pesada monotonía de estos rasgos de versolari y de gran brujo de Unamuno, que tan artística y grandiosamente ha expresado aquí Macho. En nuestro tiempo, ni en la vida diaria ni en la del arte se está tranquilo, como no se haya desbordado la personalidad. Ha de rebosar ésta al través de los poros de la pequeña y frágil forma humana.

El hombre espíritu ha de dejar chiquitín al hombre materia. El super-hombre. El super-realismo. Todos estos matices parecen inquietar la reciedumbre de montaña con que Macho ha simbolizado a Unamuno. Y no estaría completo el concepto que nos hemos formado de esta obra si omitiésemos su cualidad suprema, la que más poderosamente integra el conjunto.

Trátase, pues, de una obra escultórica que fatalmente ha de instalarse al aire libre, por la misma razón que a una montaña se la pondría en ridículo construyendo sobre ella un fanal inmenso que la librase de lluvias y de vendavales, de huracanes y de pedrisco. No; esta figura en que Macho nos presenta, traducida en líneas y planos, la personalidad de Unamuno es de una gigantesca grandeza monolítica, como si el fundamento de su contextura fuese, más que un esqueleto humano, una peña enorme con facciones humanas señoreando, a la manera de otra peña de Orduña, un maravilloso valle ideal de Loyola. Y necesita, para mostrar toda la eficacia de sus energías expresivas que contra sus formas se estrelle el huracán, silben los vendavales, refulja el sol y se consume totalmente ese concierto de formas, colores y luces en que hoy ambiciona vivir el hombre, un poco envidioso de la gloria en que trascurre la existencia del mundo físico bajo el régimen del divino sol. Además, en una galería de estatuas disonaría ésta de Unamuno, con su cráneo violentamente amartillado, con su monstruosa nariz de pico de buitre, con su gesto de desafío, frente a las personas y las cosas usuales del mundo que pueblan las galerías en todos los museos. Por último, parece como si el paisaje atrajese hacia sí a

esta figura, o la figura necesitara para lucir sus extravagantes grandezas y sus soberanas insinuaciones, de las amplitudes acariciadoras del paisaje. Para detalles del pelo y de la barba se ha valido el escultor de ciertos recursos hieráticos del arte moderno que contribuyen a la bravía grandeza del conjunto de la obra.

Y ahora vamos a lo inverosímil. En la vestimenta del señor Unamuno aparece ahora por primera vez, que yo sepa, el detalle de una especie de amplísima faja que sustituye al chaleco ordinario y da a su figura un porte levítico de cura protestante, o más bien de esa cierta clase de clérigos romanos de magnífico talante francés y que quizá viene del antiguo abate y se conserva entre nuestros vecinos traspirenaicos como prestigiosísimo atributo del perfecto levita moderno. Sobre el corazón, y por cima de la referida amplia faja, lleva la figura de una cruz de escaso relieve sobre la tela del traje, queriendo semejar el superpuesto de las cruces rojas que llevan algunos sacerdotes en la sotana. «¿Y eso?», preguntamos al escultor. «Esa cruz—nos contesta Macho—la puso el mismo Unamuno donde está». ¡Muy bien, y estamos conformes! Unamuno es un cruzado, y sobretodo lo era indudablemente en el momento en que él mismo modelaba la sagrada insignia.

Francisco Alcántara

Religión y Política

La cruz de Unamuno

=De La Libertad, Madrid=

«Del grupo de arcilla española llevada por el escultor a Hendaya, don Miguel toma una porción entre sus dedos... La mirada de don Miguel se proyecta, a través de los espejuelos de escribano que cabalgan en su nariz, hacia la tierra española, mientras modela en arcilla una cruz... Don Miguel está emocionado, tiernamente emocionado... Se acercó al busto, terminado, y lo condecoró con esta cruz. «Dejémosla aquí», dijo. Yo—añade Victorio—la he respetado y la respetaré después, al pasar el busto a materia definitiva.»

Así relata, en estas mismas columnas, el profundo rasgo del gran español, un periodista de espíritu fino y sensible.

Otro gran compatriota, de temperamento muy diferente al de Unamuno, pero que había encontrado en el sentimiento cristiano fuerza para vivir, noblemente, destacando sobre un fondo de egoísmos y pequeñeces, dió casi exactamente la misma nota. Era don Gumerindo de Azcárate. Al redactar su testamento ológrafo y al preferir, sólo porque no había cementerios neutros, el enterramiento en un cementerio civil, dispuso lo siguiente: «Quiero que sobre mi ataúd y sobre mi tumba se ponga una cruz.»

«¡Una cruz!... ¡Bah!—dirán muchos—. ¡Debilidades de los grandes hombres!» He aquí unos espíritus fuertes; pero no

lo bastante fuertes para librarse de las influencias retrógradas de una tradición religiosa. Respetémoslos en su puerilidad, que, al fin, han de ser pequeños en algo. Pero no los imitemos en estas sensiblerías. Fijémonos en lo que es atrevido y valiente de su actitud y de su ejemplo.

Pero es el caso que ninguno de estos dos hombres llega a momento de tan significativa expresión sino a través de la larga trayectoria de toda una vida, que puede ventajosamente compararse con la de sus coetáneos. No se trata de un desmayo, de una claudicación, de una insinceridad con que se compra un respiro de paz en el ambiente social o familiar. Estos hombres proceden serena y deliberadamente. Quieren expresar lo que son, lo que sienten, el principio supremo que ha gobernado o está gobernando sus vidas. Y si merecen atención en lo demás, ¿por qué no en esto también? Son predicadores, que nos enseñan con su ejemplo.

Y lo primero que nos dicen es que el símbolo de la cruz trasciende toda organización religiosa y eclesiástica, toda secta y toda escuela. No hay institución alguna sobre la Tierra que pueda reclamar la exclusiva de tal señal. Es el símbolo del sacrificio supremo, y, por lo tanto, de todo sacrificio. Los dos leños atravesados, patíbulo infamante de la antigüedad, han sido glorificados y su-

blimados por el amor infinito. Y ¿quién puede encerrar éste en los estrechos límites de una colectividad humana, por antigua y aun por venerable que ella sea? En nuestro Madrid hemos visto cómo la presión clerical lograba arrancar la cruz de la fachada de un templo cristiano... ¡porque era un templo protestante! ¡Hasta ahí llega la aberración del fanatismo religioso! Los defensores de la unidad católica llamaron en este caso a la cruz «signo de un culto disidente». ¡Como si la cruz pudiese significar otra cosa de lo que realmente significa, el amor divino que se desborda y arrolla todo monopolio y toda bandería!

Quienes en circunstancias tan solemnes no encuentran otro símbolo para su actitud personal ante este mundo y el otro, claramente dicen aceptar aquel sentido que Jesús de Nazareth dió a la vida, aquella confianza optimista en un triunfo final del bien, aquella seguridad que este triunfo no se conseguiría sin esfuerzo y sin dolor. Esta interpretación del Universo guió toda la enseñanza, toda la actuación, toda la vida y muerte del Cristo. Es más: él vino para afirmarla y consagrarla. Y por ello, el divino fundador del Cristianismo es el Guía, el Caudillo, el Ideal supremo de quienes sienten así. Prescindirán de dogmas, abandonarán ritos, se separarán de Iglesias, hasta lucharán contra ellas; pero guardarán siempre en su corazón un santuario de adoración y amor para el Cristo, no confundiendo con los otros beneméritos caudillos religiosos de la Humanidad, sino estimándole en lo que tiene de distintivo, en su final trágico y glorioso en su Cruz. Como dice el mismo Unamuno: «El Cristo que se dió todo a sus hermanos de Humanidad, sin reservarse nada, es el modelo de acción.»

El uso de la cruz, signo de sufrimiento, quiere decir a estos hombres profundamente liberales que la lucha por la libertad es, en el fondo, un Calvario, esto es, abnegación de unos en favor de otros, servicio desinteresado, altruismo. A una política meramente conservadora le basta el móvil del egoísmo y la táctica de la prudencia. Pero cuando alguien se levanta, como Jesús en la sinagoga de Nazareth, para decir que el espíritu de Dios le impele a libertar a los cautivos, a dar buenas nuevas a los pobres, a consolar a los oprimidos, a proclamar, en fin, una nueva era, prepárese para el sufrimiento y hasta para la cruz. El bien tiene resistencias en este bajo mundo, que el mal jamás encontrará. A más alta excelencia de la causa, más costosos sacrificios para servirla.

La cruz nos dice que amor es dolor. Unamuno ama a España. ¿Quién puede dudar de ello? Otros la aman también de otra manera. Pero en el maestro de Salamanca, el amor es pasión, es dolor. «Me duele España,» ha dicho repetidamente. Y este amor y este dolor son fecundos, con la fecundidad de la cruz. Como él mismo dice: «El precepto supremo que surge del amor a Dios y la base de toda moral es éste: Entrégate por entero, da tu espíritu para salvarlo, para eternizarlo. Tal es el sacrificio de la vida.»

«Esto es unir la religión con la política,» dirán no pocos. Y no hay sino responder: ¿Cuándo estuvieron separadas? ¿Quién que haya estudiado la Historia o leído las páginas de la Biblia podrá decir que la religión no tiene que ver con el gobierno de los pueblos ni éste con la religión? ¿Cómo se han constituido los poderes del mundo, sino sobre los patrones religiosos? ¿Qué eran los profetas de Israel, sino grandes reformadores sociales? ¿Qué fué el Cristianismo en sus épocas más fecundas y gloriosas, sino un transformador del Mundo antiguo, un creador de nuevos pueblos? ¿Qué naciones han progresado más en la vida política sino aquellas que pasaron previamente por una revolución religiosa, estimuladora del sentir y pensar personales en materias de la fe? ¿De dónde sino de principios religiosos han sacado sus inspiraciones un Gladstone o un Stresemann, un Lincoln o un Wilson?

No; no ha sobrado ni sobra religión en nuestra política. Nos ha faltado y nos falta en gran medida. No es religión una política porque se reciba para ella casi diariamente el santo y seña en tal o cual convento, en esta o en aquella casa de religión. Lo es porque está ins-

Adolfo Araujo

pirada en los grandes y nobles principios que van al fondo de la naturaleza de las cosas y de los eternos propósitos de Dios. Dignificar al hombre librándole de su propio apocamiento y exaltando su ciudadanía; buscar la justicia social, levantando el nivel de la vida física, no sólo del trabajador, sino de aquellos que de él dependen; pronunciar a toda capacidad su correspondiente oportunidad para bien de quien la posea y de sus semejantes; promover la cultura en todas sus formas: favorecer todo lo que eleva, y luchar contra todo lo que deprime y envilece; atreverse a correr los riesgos naturales de la libertad en busca de sus indefectibles ventajas; respetar el sagrado de la conciencia de cada hombre; esto es llevar la religión a la política, el Evangelio a la sociedad. Y ésta es la inspiración que nos viene, no de los conventos ni de las jerarquías romanas, sino de la cumbre del Gólgota.

«Dejémosla aquí,» dijo Unamuno de su cruz. Dejemos la religión en la política, decimos nosotros. Lleven los hombres la cruz, no como adorno de vanidad, sino, cual el maestro de Salamanca, sobre el corazón.

La buena obra de Raymond Leslie Buell

Carta abierta a Salomón de la Selva

= Envío del autor =

Sr. don Salomón de la Selva,
San José de Costa Rica,
Centroamérica.

Mi querido Salomón:

La extensa y elocuente carta, alusiva a ciertas declaraciones hechas por Raymond Leslie Buell, *Research Director* de la *Foreign Policy Association* de Nueva York, en un folleto recientemente publicado con el título *The Central Americas*, con que me honraste en el número de 24 de enero de este año de nuestro querido *Repertorio Americano*, me impone no sólo la obligación de contestar tus puntos de vista, sino también me ofrece la oportunidad muy grata para mí de corresponder a tu cortesía.

Desde hace largo tiempo he admirado intensamente el luminoso genio poético y literario del insigne autor de *El Soldado Desconocido* y *Tropical Town*. He admirado también la sinceridad de su patriotismo, ese amor abrasador de su tierra que le ha incitado a protestar con tanta virilidad contra las injurias e injusticias que actualmente sufre, debidas en gran parte a actos de compatriotas míos (lo cual admito con pesar), y que al fin le ha conducido a la desgracia del destierro. Pero quizás aún más que esas dos barras flamantes en el spectrum de su espíritu, he admirado la elevada amplitud de su criterio, su independencia de los clisés, tan comunes como fáciles, que vician tantas lucubraciones sobre la cuestión de las relaciones interamericanas, su dominio realista de los muchos complejos factores que integran el carácter nacional de mis conciudadanos y que modelan su política internacional. Tu modo de pensar es de un nicaragüense leal, pero a la vez de un ciudadano continental o mejor dicho, de un ciudadano del mundo. Pero en este caso a mi parecer, el poeta, el patriota

y el filósofo se han tornado en el polemista de fuste.

En tu carta has logrado formular una acusación apasionada contra Raymond Leslie Buell; pero a mi humilde criterio ella no es justa para contigo ni para con él, ni tampoco para con aquellos lectores que basarán la opinión de su obra sobre tus palabras.

No voy a discutir tus cargos desde el punto de vista de él, lo que podrá hacer él si le interesa el esfuerzo, sino desde el mío. Escribo no solamente porque me duele notar una falta seria de entendimiento entre dos pensadores, a quienes guardo tanto respeto como cariño, sino también porque temo que el intercambio franco de opiniones que tú has iniciado sobre estas cuestiones y que tanto interesa a nosotros los de la Liga de Reconciliación promover, según las propias palabras de tu carta, no esté dirigido a la meta de la verdadera comprensión mutua que dé seguro buscas.

Voy a referirme brevemente a los tres puntos relativos a la situación nicaragüense que tu citas.

Primero, ¿el resultado de la política estadounidense en Nicaragua ha sido la supresión o la provocación de las revoluciones? Desde mi punto de vista estoy de acuerdo contigo de que un análisis completo de las desgracias de Nicaragua no puede omitir el papel funesto de la política de ingerencia seguida por el Departamento de Estado. Pero el fijarte casi exclusivamente en la responsabilidad de los Estados Unidos, haciendo caso omiso de la función vergonzosa de los dirigentes nicaragüenses durante las últimas tres décadas, atribuyéndoles aparentemente el papel de títeres manejados desde Washington, me parece ir al otro extremo. Si los nicaragüenses unidos lucharan contra la intervención extranjera como lo hicieron los dominicanos y los

haitianos, tendría ésta que terminar pronto. Como atinadamente dice Mr. Buell en su informe sobre *American Supervision of Elections in Nicaragua* (pág. 400): "Desde el momento en que el Congreso de Nicaragua rehuse votar las apreciaciones para la Guardia, o las Cortes rehusen imponer sentencias sobre las personas aprehendidas por la Guardia, o un partido político rehusare participar en una elección supervigilada, la posición de los Estados Unidos llegaría a ser insostenible". Cuando el Senador King introdujo en el Senado de los Estados Unidos, a principios del mes de enero de este año, su moción pidiendo el retiro inmediato de los marinos de Nicaragua, ningún grupo importante en Nicaragua, si no estoy mal informado, se preocupó por secundar esa iniciativa, y la única voz que salió al mundo exterior fue la del Presidente Moncada, proclamando la necesidad de la continuidad de la intervención.

Esta suposición inconsciente de que las mejores inteligencias de Centro América son nada más que niños indefensos delante de la astucia norteamericana, es patente también en la crítica hecha acerca del método de investigación seguida por Mr. Buell, cuando habla de "tantos norteamericanos que nos llegan a cogernos de improviso....., a confundirnos con nuevos cuestionarios cada vez....., a construir fantásticos informes, basados sobre declaraciones nuestras hechas al descuido". Si Mr. Buell, en sus entrevistas con los hombres más sobresalientes de estas repúblicas, recibe declaraciones hechas "al descuido", ¿solamente tiene la culpa el que escucha, o la comparten también los que hablan?

Segundo, ¿está o no el proyecto del Canal de Nicaragua relacionado con la política de los Estados Unidos en Nicaragua? Tú atacas al autor de *The Central Americas* por la suposición que hace de que sí tiene relación. Puede parecerle ridículo que los Estados Unidos guardan temor de que otra potencia amenace quitarles los derechos canaleros adquiridos por el Tratado Chamorro-Bryan. A mi también me parece. La Liga de Reconciliación aboga, como sabes, por la sujeción, tanto del Canal de Panamá como del proyectado Canal de Nicaragua, juntamente con todas las rutas esenciales para el bienestar mundial, a un control internacional. Pero hasta la fecha el Gobierno de los Estados Unidos no ha llevado a este punto de vista internacionalista. No solamente Kellogg, sino también Coolidge

y Stimson, para no citar más, han declarado que el interés norteamericano en el futuro canal es un factor de primera clase en la política de los Estados Unidos. Dirás que tales declaraciones no son nada más que pretextos, que falta toda razón. Pero el temor y la ignorancia no se basan sobre la razón, y a pesar de la leyenda de astucia maquiavélica atribuida a los dirigentes del Departamento de Estado por tantos pensadores hispanoamericanos, altos personajes en el gobierno de los Estados Unidos sufren ambas de estas debilidades.

A mi parecer, la política norteamericana en Nicaragua se puede explicar de un modo adecuado solamente por un complejo de factores, entre los cuales no hay que olvidar la torpeza. Pero del conjunto de todos, no hay uno más importante, según mi manera de entender las cosas, que el interés del Departamento de Estado en el Canal proyectado; y francamente me ha sorprendido mucho notar el calor con que atacas a Mr. Buell sobre este punto.

Tercero, ¿es injusto calificar a Sandino y a sus adeptos como bandidos? Dejando a un lado la cuestión si todos los grupos armados que andan en el Norte de Nicaragua reconocen o no la autoridad suprema del General Sandino, acepto la definición tuya, "bandido no puede ser sino quien roba y mata para robar, entendiéndose por robo adquirir o disponer de lo ajeno ilegalmente para provecho propio", y no vacilo en manifestar que comparto tu fe en que Sandino es patriota y no bandido. Al mismo tiempo deseo indicar que tu definición coloca la distinción entre patriota y bandido en gran parte en el campo de los móviles. ¿Luchan Sandino y su gente animados por el deseo de provecho o para libertar a Nicaragua de un invasor extranjero? Tratando de motivos y dada la situación actual, es imposible probar definitivamente tanto una teoría como la otra.

Según mi fe, pues,—o en lenguaje científico, según mi hipótesis,—Sandino es patriota y por tanto es injusto calificarlo de bandido o bandolero. Al mismo tiempo, en justicia a Mr. Buell, debemos decir que la palabra empleada por él (*bandit*, en inglés) es la traducción del vocablo *bandolero*. Y *bandolero* tengo que atestiguarlo por mi propia experiencia en Nicaragua, con raras excepciones es la palabra más común para referirse a los Sandinistas, entre todas las clases sociales, no solamente en las ciudades de Managua,

León y Granada, sino también en la región del Norte. Al releer la parte de tu carta donde endilgas a Mr. Buell con epítetos fuertes, se me ocurre la pregunta si también aplicas los mismos calificativos a tus compatriotas. Otra vez, confieso, me sorprende tu calor, porque bien sé que hay nacionalistas prominentes decididos enemigos de la Intervención Norteamericana, desterrados como tú por su oposición a ella, quienes hace muy poco llamaban a Sandino bandolero en la prensa. ¿Té dirigías a ellos en el mismo tono?

El espíritu de tu carta me obliga a pensar si en este caso el acusador no sufre la misma dolencia de que está afectado de demandado? Sin pruebas evidentes, aparentemente bajo suposición o intuición no más, aquél declara que éste vino a hacer sus estudios en Centro América con ideas ya prefijadas, manifestando en el proceso que él "hace esfuerzos visibles para justificar solapadamente esa intervención". A menos que dicho acusador cogiera el asunto en discusión con un prejuicio ya formado de previo y con una actitud definitivamente hostil, no podría explicarse como llegar a presentar este cargo especial contra el escritor quien por el número de los datos recogidos y la exactitud de su documentación (no me refiero solamente al folleto *The Central Americas* sino a otros estudios que tú conoces) es talvez el crítico más efectivo en los Estados Unidos de la política seguida por el Departamento de Estado en Nicaragua y Haití. Si después de leer, por ejemplo, el mencionado informe de Mr. Buell, *American Supervision of Elections in Nicaragua*, el acusador todavía sigue en su sospecha de que el autor trata de "justificar solapadamente" la intervención, me verá obligado a creer que algo le ha privado por el momento de la facultad de leer "entre líneas".

No dudo de que Mr. Buell sea humano y como tal expuesto a errores ocasionales que merecen una crítica clara y fuerte. Tampoco tengo interés en negar que sea o no imperialista, aun cuando así lo llamó Juan del Camino en estas columnas hace varios meses, posiblemente porque acepta como un hecho la presente hegemonía de los Estados Unidos en el hemisferio occidental. Si creo firmemente en su sinceridad; y por lo tanto me permito afirmar, basándome en sus doce o más estudios sobre relaciones interamericanas, que durante los últimos años ha hecho más probablemente que ningún otro escritor norteamericano para enfocar la atención pública sobre el proceso actual del imperialismo en estas tierras; y también para abogar por una política de justicia y democracia en dichas relaciones.

No hago ninguna referencia a tus comentarios sobre Mr. Stimson, no solamente porque desapruebo su actuación en Nicaragua, y los resultados del convenio de Tipitapa, negociado por él, sino porque él visitó a Nicaragua más bien como proponente ex-parte de cierta política definida que como un estudiante serio de los verdaderos hechos.

Yo estoy seguro, hasta donde se puede estar seguro en cosa de este mundo, que la *Foreign Policy Association* no es instrumento de ninguna tendencia definida de antemano: es una agencia sostenida voluntariamente para hacer investigaciones y estudios expertamente, es decir, que no podrían hacer por mayor buena voluntad que tuvieran, los particulares. En los años que tiene de funcionar se ha conducido con una honradez intelectual que estoy seguro tú reconocerás. Y sería de lamentar que en vez de cooperar en su labor, la opinión que de ella se forme por la lectura de tu crítica, obstaculice tal cooperación. Porque de la cooperación puede surgir mucho bien, si es cierto, como creo que lo es, que los móviles que inspiran a la *Foreign Policy Association* son sanos. Sus equivocaciones hay que señalarlas; ésa es buena labor; pero no debemos to-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

mar una equivocación por un móvil, y me parece que ése es el error que tú cometes.

Para terminar, permíteme volver a manifestar mi fe en la alta función de la crítica. Las dos Américas nunca podrán llegar a entenderse efectivamente sin la crítica franca y vigorosa. Pero la justicia es una piedra indispensable en la base, tanto del entendimiento entre individuos como de la reconciliación entre naciones. La Liga, de la cual tengo el honor de ser el secretario en la América Latina, reconociendo que mientras exista la injusticia, es infantil soñar con la amistad internacional, ha atacado con todas sus fuerzas, por escasas que sean, la política imperialista de intervención. Igualmente indispensable es el papel de la justicia en la empresa difícil de forjar el entendimiento entre los que tienen puntos de vista diferentes. Me he permitido dirigirte esta contestación, no sólo porque a mi humilde criterio, el celo del polemista ha trazado una apreciación injusta de la buena obra de Raymond Leslie Buell, sino, lo que es aún más importante, porque las palabras de tu carta tienden a desacreditar de antemano la buena fe y la sinceridad de cualquier futuro estudiante norteamericano de las cuestiones pendientes entre las dos Américas.

Carlos Thomson

San José, Costa Rica.
12 de febrero de 1931.

Alfaro Siqueiros

= Envío de la autora =

La Sala Wagner estaba llena de público. Alfaro Siqueiros es una figura interesante... sufrió prisión por comunista, en último análisis porque piensa por su cuenta.

Graciosamente anuncia el espectáculo la exquisita Consuelo Uranga. El órgano cubierto con un lienzo negro, el programa y la introducción de Consuelo tienen al público intrigado de la naturaleza de la representación que allí tiene que desarrollarse.

Aparece Siqueiros, su aspecto es el de un Lego de la Edad Media, vestido con una túnica negra, que sólo le deja al descubierto las manos y que se une al cuello por una jareta que forma pliegues finos, haciendo resaltar la palidez de un rostro interesantísimo realzado por el fondo negro que encuadra al Artista.

Nada de trucos, nos dijo Carmen Uranga, no hay preciosismo de arte vernáculo, tampoco extravagancias de un futurismo incierto. Arte puro es el de Alfaro Siqueiros y así en una sencillez desconcertante desarrolla con una emotividad intensa todos los cuadros de su representación estupenda.

Parentesis nocturno: escena de voces que se desarrollan en la obscuridad y que dejan a la imaginación o al recuerdo de cada uno representar las actitudes de los que hablan, desde los gatos que originan el despertar de toda la familia comenzando por la dueña de la casa, que como no acostumbra nunca estar sola consigo misma, tiene necesidad de despertar a la hija para no sentir miedo; la protesta del jefe de la familia porque lo despiertan y que saca a colación que él paga la renta, paga la criada, compra zapatos y todo, que tiene que levantarse temprano y no puede dormir a su antojo. Por fin, la criada que refunfuña porque el niño la orinó y está mojada de líquido no muy limpio, tiene que ir por agua para no dormir así, la bomba del pozo no quiere funcionar y nos hace oír el ruido que hace hasta que la criada logra llenar la jarra.

Una pequeña escena diaria que se desarrolla en quién sabe cuántos hogares de esos en donde el jefe de la familia es un modesto empleado, sin más ideal que ganar el pan de cada día y sin otra

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

Porque me ha dolido verte a tí, capacitado como muy pocos para jugar el papel importantísimo de interpretador realista entre la parte tuya y la mía de nuestra América, abandonar aún cuando momentáneamente esa función, he escrito con toda la franqueza de la amistad sincera, y me es muy grato confiar que siempre puedo merecer la misma cordial amistad de tu parte.

Tu amigo y compañero, que te abraza,

aspiración que dormir sin interrupción. Alfaro Siqueiros es implacable, hace resaltar la pequeñez de las vidas sin ideales, molestándose unos a los otros por pequeñas cosas y llenando el día con naderías. Los siguientes cuadros pertenecen al mismo tipo de gente.

Llamada telefónica 1930 tiene el sabor de las comedias que se desarrollan en cada uno de los lugares desde donde se habla y que muchas veces más que interés entre dos personas hay un bombardeo de parientes y amigos en contra de alguna de las partes interesadas. Es lógico que así sea, si el ama de casa no puede y no sabe estar consigo misma a solas, sus hijas no sabrán entenderse a solas con un hombre que las pretenda o que les interese.

Literatos franceses, nos muestra la vida externa e infecunda de la vida de esos hombres vulgares, amigos entre sí que hablan con énfasis de lugares comunes que a ellos les parecen revelaciones altísimas, reservadas para ellos, los elegidos.

Declamación, la protagonista es una maestra a

quien él llama *fabricadora de recitadores* y cuyas enseñanzas hacen más perjuicio que beneficio. Condena tan simplemente la vida mediocre de una buena cantidad de gente que se llama *clase media*, que creo sinceramente en que por mucho que se indignen aquellos que quieren que sea respetable lo ridículo, admirado lo ramplón e imitado lo grotesco, tendrán, quieran o no, que recibir la sacudida del artista que tan bien pone de relieve todas estas cosas.

Del matrimonio, cuadro divertidísimo, pero que encierra una verdad trágica en el fondo. La imposibilidad de que en este medio mezquino pueda haber entendimiento entre dos personas que no tienen un punto alto de mira para unirse y que les falta hasta la inocencia fisiológica de las bestias para unirse.

La visita al preso, es otra cosa: son los vislumbres de una época futura de grandeza de acciones por una causa alta y noble. Es la mujer que lleva un hijo en sus brazos y en su corazón la admiración y el respeto por el hombre que la hizo suya. En ella no hay disputa, sino la súplica de la mujer que quiere que su hombre deje esas cosas, eso de *partidos*, pero que en el fondo prefiere quedarse sola con su hijo, guardando un culto por el idealista que está en prisión porque comete el desacato de pensar por su cuenta y de no quemar incienso ante el solio de los malandrines que mandan. La mujer capaz de sacrificio por sostener un ideal, la que prefiere todos los sacrificios antes que someterse a la vida de vulgaridad y de mezquindad que pudiera ofrecerle un simple gana-pan. Cuando él dice determinado en medio de su tortura no se puede, no firmo eso. Los quiero mucho a tí y a él.... pero mi ideal! Ella no insiste, deja de llorar y le dice conforme. Bueno, cuando salga la cuerda y los lleven al tren, allí en la Estación te cantaremos *La Internacional* y tú nos responderás. ¿Quieres?... y no insiste más en que no tienen pan, en que no tienen donde vivir.

Un intermedio y en seguida cuatro cuadros más, desarrollados magistralmente, certeros, simples, impresionantes. En Alfaro Siqueiros todo lo hacen el gesto y la voz.

Alfaro Siqueiros es un *Artista*, no es un recitador, no es un actor, es un *Artista* y un *Idealista*, superior lo encontré a lo que de él se dice: De su Arte no puedo hablar apoyándome en otras opiniones y en otras críticas, nuestra emoción llega al deslumbramiento y responde a la suya y por tanto digo: Es un *Idealista*, es un *Artista* y por eso crea, mi admiración para EL.

Elena Torres

México, Septiembre 11 de 1930.
(El primer día que lo vi.)

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

<p>CERVEZAS ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p>FABRICA: REFRESCOS KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p>SIROPES GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
--	---	---

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Don Arturo Urién, Cónsul de la República Argentina en Costa Rica

=Envío de la autora=

Durante cinco años algunas de las calles del NE de San José, fueron transitadas casi todas las mañanas por un viejo de noble porte, bien afeitado, vestido con pulcritud, gafas negras, marcha balanceada y bastón al hombro, como portan los soldados el rifle (reminiencia quizá de su época de militar). Detenía el paso ya para quitar una cáscara de la acera—no fuera a ser cosa que alguien resbalara y cayera—ya para evitar que un muchacho pegara a uno más débil o bien para acariciar la cabellera de un niño o para ayudar a quien lo hubiere menester. Pero ya los que acostumbraban encontrar a su paso al anciano caballero, no lo verán más, pues hoy, 20 de febrero de 1931, se embarcó con rumbo a su patria, la República Argentina.

Cinco años permaneció entre nosotros don Arturo Urién como Cónsul General de su país en Costa Rica.

Pocas personas de las llamadas importantes, se dieron cuenta del paso de este hombre por aquí. Tienen tantas cosas inútiles que hacer las personas importantes! También pasó inadvertido en el mundo diplomático. Él trató de explicarme el por qué no frecuentaba tan elevados planos:

—Es que yo soy apenas un cónsul de segunda orden, y los cónsules somos para los asuntos comerciales, mientras que los diplomáticos tienen que ver en los trascendentales.—Y levantaba la diestra para dibujar en el aire una vaga espiral.

Yo me reía y le preguntaba:—¿Asuntos trascendentales llama Ud. estos de importar champagne sin pagar derecho alguno para luego venderlo obteniendo una gran ganancia, dar comidas alumbradas por candelas de cera de colores según la última moda de los *snobs*, enredar las líneas imaginarias de las fronteras y provocar conflictos para salir de los pobres, conseguir que un país reconozca a un gobierno después que los respectivos presidentes se han tratado mutuamente de «grande y buen amigo», etc. etc.?

Además, yo comprendí que para una alma sin encrucijadas como la suya, hubiera sido imposible andar entre seres importantes y diplomáticos. Sólo habiéndose cortado la lengua como cierto personaje de un cuento de Clarín.

En algunos círculos fué considerado como excéntrico, en otros como intransigente e intolerante. Supongo que se debió a su manía de expresar con pasión lo que pensaba. Parecía no comprender que la mejor manera de hacerse simpático a sus semejantes es tomar sonriendo como artículos de fe, sus torpezas, mentiras y demás puntos de vista; y que la tolerancia es una de las actitudes más cómodas que puede adoptar el hombre, fuera de prestarle entre la gente de *sprit*, aires de elegante sabiduría.



El Sr. Urién rodeado de niños de la Escuela Maternal.

Tuvo en Costa Rica unos dos o tres amigos, personas de verdadero valor y por lo tanto sin la menor campanilla en el nombre. Después su amistad ayudó con los humildes, las mujeres y los niños. Casi puedo asegurar que lo que le pareció más digno de atención entre las relaciones que hizo aquí, fueron las mujeres (Puede que tal suposición haga sonreír a cualquier obsesinado, pero he de declarar, que éste ha sido uno de los pocos hombres que he encontrado en mi camino que me han dado la impresión de que trataba de sacar las cuestiones sexuales del dominio de lo sucio y del pecado para elevarlas al de lo admirable y digno de respeto). Quizá fué, por haber descubierto que un buen número de mujeres de por acá, viven con sencillez y valor de su vida de mujeres, mientras que la mayor parte de los hombres son afeminados, sobre todo espiritualmente. Ganivet encontró también que lo más digno de atención en los lugares por donde pasó como simple mortal o como cónsul, fueron las mujeres. Y Ganivet no tuvo nada de don Juan, que siempre fué muy hombre (el Dr. Marañón dice que los don juanes son tipos afeminados).

El día en que don Arturo Urién llegó a la Escuela Maternal, figura como uno de los más faustos en la historia del establecimiento.

Cuando le explicamos la forma en que

trabajábamos y le contamos que nuestro mayor anhelo era mantener sanos, limpios y alegres el cuerpo y el espíritu de los niños que nos rodeaban, pidió permiso de seguir visitándonos. Y desde entonces, durante más de dos años, llegó a la Maternal cada mañana. Sólo faltaba cuando estaba muy enfermo. Enseguida lo quisieron los niños. Al verlo entrar, dejaban su juego o su trabajo, corrían a su encuentro y se le colgaban de los brazos como de las ramas de un árbol.

Lo primero que hizo, fué calzar cuanta patilla descalza había en la escuela. Le mortificaba pensar en aquellos pies desnudos, expuestos a los anquilostomas y a las numerosas infecciones posibles en los climas tropicales. Gracias, pues, a un *extranjero* los pies de un buen número de niños costarricenses han ido protegidos por el suelo de su patria.

Y en cuanto una carilla pálida y marchita se acercaba a sonreírle, ya estaba él pensando en la leche y el bacalao, para que la salud volviera a encender el pequeño rostro apagado.

—Hay que fortalecer a los niños física y moralmente—decía—para ver si algún día la tierra se vuelve habitable para el hombre.

Cuando nos veía desanimadas en nuestro trabajo, nos daba alientos:—Si queremos hacer algo efectivo,

apoderémonos de los niños. En esto pienso como Lenin y los Jesuitas.

Tantas y tantas criaturas dejadas de la mano de Dios y de los hombres, que nunca podrán olvidar a don Arturo, aquel señor de anteojos oscuros y cabello blanco, ensortijado, sin ašomos de calvicie, que todas las mañanas llegaba a la escolita: Arabela, la chiquilla que hacía pensar en una ardillita enferma; Manuelillo Madrigal con su cara de prócer pobre, Carmen, Myrella, Jorgillo... Confiados se acogían a esta fuerza que al hacerles bien no pensaba en que estaba comprando un palco de platea en la gloria de Dios, sino en que es preciso que los niños tengan salud y vivan en una atmósfera de limpieza tanto en lo que se refiere al cuerpo como en lo relativo al pensamiento, si queremos que algún día la tierra sea un planeta habitable.

Es una obsesión en él esto de volver la tierra habitable, y el principal medio, a su juicio, es la educación, pero una educación basada en la verdad, en la observación científica y no en la mentira y el empirismo.

¿Y la Colonia Escolar Permanente de San Isidro de Coronado? Por negligencia de la mayor parte de la directiva (yo formaba parte de la parte negligente), la finca adquirida en ese lugar con el fin de llevar al campo escolares débiles, había ido a parar a manos de un particular. Cuando don Arturo Urién lo supo, no volvió a estar tranquilo sino

hasta que su empeño al frente del de unas cuantas personas de buena voluntad, consiguió que la propiedad pasara de nuevo a una directiva que la acondicionara para servir como establecimiento preventivo. Hasta entonces no había sido posible llevar ni un niño a ese magnífico clima. Después de eso, cuántos escolares han ido allí a almacenar salud para su vida futura! Sin la oportunidad que don Arturo Urién ayudó a ponerles en el camino, lo más probable es que habrían llegado a ser parásitos de la comunidad en donde vivieren, individuos para hospitales, clínicas, asilos de incurables, etc.

Es sobre todo a su esfuerzo que queda funcionando una sección de kindergarten en la Escuela García Flamenco, con todo el material necesario, que hasta su piano le dejó. El día de la apertura de este

kindergarten, fué de fiesta para don Arturo. Tiene mucha fe en la educación pre-escolar. Aquí ningún Ministro de Educación ha hecho por la educación pre-escolar lo que hizo este Cónsul de la República Argentina. Cada lunes visitó el kindergarten de la Escuela García Flamenco y yo creo que nunca faltó a las reuniones de la directiva que vela por la vida de la pequeña institución.

Este viejo es un enamorado de la educación. Para él, en el momento presente el hombre más grande del mundo es Bakulé, el educador tchecoslovaco.

La huella que don Arturo Urién, cónsul de segunda clase, deja en Costa Rica, no la ha dejado todavía el diplomático más empingorotado.

He aquí labor verdadera de acercamiento latinoamericano e internacional, sin discursos ni cacareos por la prensa.

Carmen Lyra

San José, Costa Rica.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Hacia una Interpopular del Magisterio

=De Liberación. Portavoz mensual de la Internacional del Magisterio Americano. Buenos Aires=

Señor don Rodolfo Llopis. Madrid.

Desde la cama donde me retiene una pequeña indisposición corporal — fruto acaso indirecto de la vida de proscrito — le escribo a usted, mi querido amigo, estas líneas antes que salga para Montevideo a la Segunda Convención Americana de Maestros. Bien hubiera querido acompañarle en cuerpo — ya que en alma le acompaño — pero delicados motivos de conciencia me han impedido realizar mi antiguo ensueño de un viaje a la América de lengua — la lengua es la raza espiritual — española durante la vergonzosa Dictadura pretoriana — rapaz, mendaz e incapaz — que está barbarizando a España. No pudiendo ir allá con mis propios recursos, no podría ir a que me mantuvieran por callarme ciertas cosas, ni menos por decirlas. Mas ya que esto no puede ser, lleve usted un saludo mío a esa Internacional del Magisterio Americano.

Cómo levanta el ánimo ver que los pueblos crean una Internacional — ¿no sería mejor decir una Interpopular?... — del Magisterio cuando los Estados anudan más la Internacional policíaca encargada de mantener lo que llaman orden los imperialismos y las dictaduras. Y hablan de disciplina... Pero disciplina en su derecho y aboriginal sentido, *disciplina*, es lo propio del discípulo, del que aprende — *discit* — y supone magisterio, o mejor, maestría, lo propio del que enseña. Y el maestro rige por autoridad y no por poder. Las dictaduras más o

menos tiránicas se valen del Poder porque carecen de autoridad. El Cristo, el Divino maestro crucificado por antipatriota — basta leer los versillos 47 al 54 del capítulo 11 del Evangelio según San Juan — hablaba, dice la Escritura, con autoridad, pero el Poder estaba en manos de Pilatos, el que preguntaba: ¿y qué es la Verdad? Autoridad y disciplina en la escuela; en el cuartel poder y servidumbre. Y si una Nación, mejor, un pueblo, no ha de ser una gran escuela, no sé qué es peor, que sea un convento o un cuartel.

La inquisición pretoriana y policíaca es peor que la eclesiástica. Peor el «fajismo» — nuestra palabra *fajo* viene de la italiana *fascio* — de las milicias de camisas negras que el clericalismo de las sotanas negras, menos negras que aquellas camisas y no más sucias. No temo ya que le quemem a uno por negar que esté la sustancia del cuerpo de Jesucristo bajo los accidentes del pan y el vino eucarísticos, pero sí que lleguen a fusilarle si niega que bajo los accidentes del tejido y del teñido de la bandera está la sustancia del cuerpo de la patria. Aquí hemos visto querer obligar a palos gritar: Viva España.

El constituir una Internacional de Maestros indica ya de por sí que los maestros se sienten más nacionales y me atrevo a decir que más que internacionales, sobre nacionales y que frente a la cínica y a la vez hipócrita pregunta pretoriana: ¿y qué es la Verdad?, que

tiende a establecer las mentiras llamadas patrióticas, alzarán el culto a la Verdad sentida. Y que cuando dictadores imperialistas, pretorianos y policíacos digan que la patria sobre todo, repliquen que sobre todo la Justicia, que es la Libertad de la Verdad. O mejor el gran lema del grande, del máximo Mazzini: *Dio e il Popolo*; Dios y el Pueblo.

Sólo me queda rogarle que pida a los maestros de esa Segunda Convención que se anden con mucho tiento con eso de la experimentación pedagógica, que el niño no es rana, ni cuño, ni se hizo para la Pedagogía, como el enfermo no es para la Patología, y que no importa tanto cómo se ha de enseñar como qué es lo que se ha de enseñar, que del *qué* saldrá el *cómo*. Adviértales los peligros de ese experimentalismo pedagógico norteamericano que quita toda el alma a la Enseñanza, que es ante todo arte y arte poética.

Es lo que se me ocurre mandarle para esos compañeros de América. Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno

Hendaya; 14, 1, 1930.

Señor don Rodolfo Llopis,

Querido amigo:

Mi enhorabuena por su decisión de ir a comulgar con nuestros hermanos de la América española. Usted sabe las causas tan complejas que me han impedido a mí hacerlo en las ocasiones en que tan honrosa como inmerecidamente, he sido invitado para ello. No ha contribuido poco mi invencible temor al espectáculo y mi clara conciencia del liviano bagaje con que había de presentarme. Pero usted sabe también, que tengo la convicción heredada de aquel don Francisco, maestro de todos, de que no habrá verdadera Hispano-América mientras no se llegue a la «inteligencia amorosa» que sólo nace de la honda y gratuita comunión de espíritus.

Mensaje como usted dice, nunca. Nada de solemnidades. Pero lleve usted a aquellos compañeros, eso sí, un saludo familiar y cordialísimo.

Quiero saludarles en nombre no de lo efímero y pasajero, propenso ahora como siempre a derivar en fetichismos, sino en nombre de los valores eternos de la Educación en que ellos y nosotros comulgamos. En nombre del niño y del maestro, de la comunión de sus almas, del amor y de la libertad, de la rebeldía y de la obediencia, del trabajo y del juego, de la realidad y de la poesía. Y en nombre, sobre todo, de la escuela donde esos factores vienen a vivir y a encarnarse. De esa eterna escuela-ocio que llamaron los griegos de riguroso acuerdo con su esencia, compuesta de Música purificadora, de Contemplación como fin y Diálogo como medio; donde el hombre no va a prepararse para vivir en aquel orden pragmático que hoy tanto se ensalza, ni tampoco a aprender la vida que sólo puede aprenderse en la vida y viviendo, sino justamente a aprender lo contrario, es decir a salvarse de la vida y sus dolores.

(Pasa a la página 148).

Una vez más, la mano invisible, el poder de la sola fuerza moral, ha abierto al Mahatma Gandhi las puertas de la prisión.

El otra día reapareció ante la muchedumbre en la llanura de Maidan. Ya el telégrafo nos ha descrito el tumulto popular, los disparos de la policía, los heridos llevados al hospital... Las armas habían hablado; Gandhi decidió callar. No pronunció la arenga esperada. Ningún discurso, allá, en el país de la resistencia pasiva, habría producido tanta emoción como ese silencio. El viejo caudillo, sentado sobre sus piernas, encogido el menudo cuerpo, inclinaría la cabeza entornando sus ojos profundos y permanecería mudo un largo rato delante de aquella blanca multitud vestida de tosco lino... Sobre la figurilla sagrada del Mahatma flotaría, quizá, la nueva bandera de la India.

Esta bandera, adoptada por él, encierra un interesante simbolismo. La rueda tradicional aparece allí, como emblema, sobre un fondo blanco, verde y rojo. ¿Qué significan estos tres colores?...

Observemos, ante todo, que el problema de la India, como toda la crisis actual del imperialismo colonizador mantenido por las potencias europeas, es, en el fondo, un problema espiritual. La fuerza moral, la misma que ahora circunda a Gandhi como una aureola, rodeaba antaño, con el prestigio de una civilización superior, la autoridad de la Gran Bretaña. De otra suerte, ¿cómo hubieran podido unos cien mil ingleses, alejados de sus islas, dominar a los trescientos millones de seres humanos que pueblan la India?

Pero esa fuerza moral ha quebrado. ¿Recordáis lo que decíamos de la generación de la guerra? La nueva generación europea, la de los que eran todavía niños durante la sangrienta hecatombe, entra en la vida con el doble desengaño provocado por el horror de la guerra y por la mentira de la paz. La ideología dominante le suena a hipocresía. Ha dejado de creer en sus padres.

Lo mismo ha ocurrido con esos pueblos relativamente atrasados, sometidos a la tutela de Europa. En el fondo admiraban la superioridad de la cultura occidental. Muchas almas orientales vibraron de entusiasmo cuando, al estallar el conflicto europeo, creyeron que, en efecto, aquélla sería la guerra del Derecho y de la Libertad. El propio Gandhi ayudó generosamente a Inglaterra.

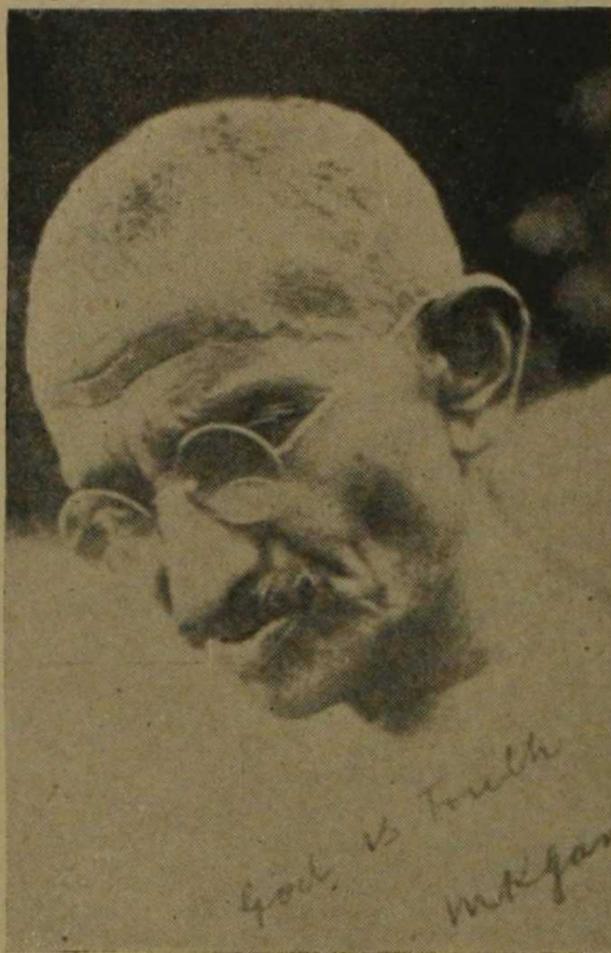
Vino luego la decepción, el desencanto. En lo íntimo, los mejores espíritus de Oriente venían reconociendo el magisterio de Europa, y aquellos pueblos, aun en sus mismas rebeldías, conservaban una cierta actitud interior de respeto escolar. Mas eso acabó tras de la desilusión de la guerra y la desilusión de la paz. Han visto ya que la civilizada Europa no practica los principios que predica. También ellos han dejado de creer en sus maestros.

Europa traiciona sus propios principios. El ideal, que parece ser nada en la vida, lo es todo. Cuando se pierden

Un místico de la libertad

La bandera del Mahatma

= De El Sol, Madrid =



Ghandi

los principios, no tardan en perderse también hasta las colonias...

Macdonald es un hombre capaz de entenderse con Gandhi. Ha anunciado claramente que aspira a abrir un nuevo capítulo en las relaciones entre la India y la Gran Bretaña. Este capítulo habrá de tener por título: *Autonomía*.

Macdonald es, como Gandhi, un idealista, una conciencia libremente religiosa, un espíritu humanitario. También Macdonald bajo su investidura de hombre de Estado, lleva en el corazón un anhelo de justicia y de universal fraternidad.

Pero hay una diferencia, Gandhi va

Luis de Zulueta

Doce libros recomendables

Juana de Ibarborou: <i>Sus mejores poemas</i>	€ 5.00
Th. Wilder: <i>El puente de San Luis Rey</i> . Novela.....	3.50
David Katz: <i>El mundo de las sensaciones táctiles</i> . (Con once láminas)....	8.50
Pablo Tuffrau: <i>La Leyenda de Guillermo de Orange</i>	3.50
Pablo Krische: <i>El enigma del matriarcado</i>	7.00
R. Tagore: <i>El sentido de la vida</i>	4.00
Pedro Prado: <i>Un juez rural</i> . Novela...	4.00
Enrique Larreta: <i>La gloria de Don Ramiro</i> . Novela.....	3.75
José Carlos Mariátegui: <i>7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana</i>	5.00
Balmes: <i>El Criterio</i> . Edición de 1929...	7.00
Luis de Zulueta: <i>La edad heroica</i>	2.50
Laudelino Moreno: <i>Historia de las Relaciones Interestatales de Centroamérica</i>	14.00

casi enteramente desnudo. Macdonald, en cambio, lleva sobre sí, como una armadura, la responsabilidad del Imperio más grande, más poderoso de la Tierra. Deseamos que esos dos caudillos puedan estrecharse las manos en un acuerdo sincero entre Inglaterra y la India. De lo contrario—no lo dudéis vosotros los escépticos, los prácticos...—, el triunfo, a la larga, será siempre del hombre desnudo.

Sobre ese hombre desnudo ondea ahora la bandera de los tres colores con la rueda doméstica.

La rueda familiar, que murmura su vieja canción en cada hogar de la India, simboliza el propio trabajo, la labor de nuestras manos, que nos asegura la independencia económica, base de la libertad civil, y que nos redime de la miseria o de la servidumbre.

No creo yo, sin embargo, que la rueda patriarcal sea mejor que la máquina de la gran industria. Al contrario; el ideal sería que, uniéndose al progreso técnico el progreso ético y político, transformándose la organización social, cada obrero al pie de la moderna maquinaria tuviera esa misma convicción de que trabaja para sí mismo y para la comunidad humana, que hoy abriga el discípulo de Gandhi cuando hace girar en su choza la vieja rueda de madera...

Los tres colores de la bandera del Mahatma tienen también su significación. En la parte inferior, el color rojo simboliza la raza y la religión hindúes; encima, el verde es el color del mahometismo, y en lo más alto, el blanco representa a las demás religiones, incluyendo a la cristiana. «Precisamente porque los adeptos de estas últimas se hallan en minoría en la India—dice Gandhi—, debemos darles el primer lugar, el más elevado, en nuestra enseña nacional. Viene luego el color del Islam, cuyos prosélitos son ya más numerosos. Y el último es el rojo de nuestra religión india, para indicar que la mayoría debe sostener a las minorías, y que los más fuertes han de amparar a los más débiles...»

¡Admirable concepto de la libertad el de ese místico de Oriente! A los cristianos les reserva allí el sitio de honor, cabalmente porque son pocos. ¡Los privilegios, en todo caso, para los disidentes del culto nacional a fin de que nunca puedan sentirse ahogados por el número y vivan en todo momento protegidos por el respeto de sus compatriotas!...

¿No existe acaso en un extremo de la progresista Europa algún país donde los disidentes del culto oficial se hallan sólo tolerados y en situación de inferioridad? Aún hace pocos días rodaba por nuestros periódicos la noticia de la fanática persecución sufrida por unos propagandistas disidentes en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme... ¿Hasta cuándo?... Al leerla, evocábamos en nuestro pensamiento, como un ideal de concordia todavía lejano, aquella bandera tricolor del Mahatma...

Open Letter To Senator Borah

With regard to the recent Honduras-Nicaragua Boundary Treaty Scandal



Carta Abierta al Senador Borah

Respecto del reciente escándalo del Tratado de Límites entre Honduras y Nicaragua

San José de Costa Rica,
Centro América,
1931

ORIGINAL

San José de Costa Rica, C. A.
February 21, 1931.

To the Hon. William E. Borah,
Senator of the United States,
Senate Office Building,
Washington, D. C.

My dear Senator:

La Noticia, a Managua, Nicaragua, daily, published on February 12 of this year, certain statements made in the course of an interview by the Hon. Matthew Elting Hanna, United States Minister to Nicaragua; it is my duty to inform the Committee on Foreign Relations of the United States Senate, of which you are the chairman, with regard to these statements. Enclosed please find a clipping containing the interview in full.

I translate Mr. Hanna's statements in part, as follows:

"Our (*La Noticia*) representative asked Mr. Hanna what was his opinion with respect to the Boundary Treaty with Honduras, and he (Mr. Hanna) expressed himself in the following manner:

"My opinion is that the Treaty is magnificent (excellent). It would be a great achievement for President Moncada if he succeeds in having it passed (ratified). It will be of great benefit to Nicaragua".

"Our representative interrupted him:

"—But the people of Nicaragua as a whole reject that Treaty because it wounds (cuts into) our territory.

"Mr. Hanna replied:

"—I am not surprised that the Treaty should have opposition because, at this time, the great benefits that it will bring to Nicaragua are not seen. The beneficial consequences will come later, and then they" (the opposition, that is, "the people of Nicaragua as a whole") "will understand that the step which this Government (of Nicaragua) is trying to take is magnificent.

"Also the Treaty would contribute to the pacification of the North" (the Sandino region) "because the commission of engineers that will mark out the boundary will have to be protected in its work by forces of Honduras and Nicaragua in order to avoid an attack from the brigands" (forces of the Army of Liberation commanded by Gen. Sandino). "Besides, that boundary dispute should be settled in a friendly manner in order to avoid later on a conflict between the two countries".

A LOS NICARAGÜENSES

Acabamos de saber por periódicos de Managua que nos han llegado hoy, la viril y magnífica actitud de los estudiantes de Derecho ante el crimen que constituye la entrega a Honduras del territorio en litigio cuando bien se podría arreglar con el país hermano la partición equitativa de dicho territorio, ya que el laudo del Rey de España nos quita algo que siempre ha sido nuestro y que no fue sometido al arbitraje.

Queremos declarar a ese soberbio grupo de estudiantes, a la juventud toda y al pueblo entero de Nicaragua, que estamos en posesión del negocio secreto que esa traición encierra, secreto que hemos guardado respetando la confidencia amistosa en que lo supimos, pero que estamos dispuestos a revelar ante el peligro de la desmembración estúpida de nuestra Patria, ya que la Patria está por sobre la amistad y por sobre todo.

Una compañía extranjera (yanqui) está interesada en explotar los pinares de la Mosquitia en el territorio en disputa. Esta compañía obtuvo una concesión del Gobierno de Nicaragua, concesión que fue cancelada por dicha compañía debido a las protestas de Honduras. Pero los hombres del actual Gobierno nicaragüense, por la vergonzosa suma de setenta y cinco mil dólares—que aquí hacen el papel de los treinta dineros de Judas,—que dicha compañía les tiene ofrecidos a ellos personalmente para sus bolsillos particulares, ceden a Honduras el suelo nuestro, con la precisa condición de respetar los compromisos que haya contraído Nicaragua, que no son otros que dicha concesión.

Acusamos al señor José María Moncada de recibir parte de esos setenta y cinco mil dólares por llevar a cabo esa negociación en su carácter de Presidente de la República de Nicaragua.

Acusamos al Dr. Julián Iriás de haber estado a sueldo de esa compañía para hacer gestiones al respecto, y de ser otro de los que recibirán parte del botín de los setenta y cinco mil dólares por consumir la negociación en su carácter de Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua.

Acusamos al Dr. Félix Esteban Guandique de parcial e interesado, puesto que él es el abogado que ha dirigido y activado esas gestiones, apoderado de la compañía y partícipe también en el botín.

Podemos aducir pruebas concluyentes que respaldan nuestras acusaciones. Conocemos todas las gestiones del Dr. Guandique en Nueva Orleans y los pormenores de la inmundada negociación.

No disponemos de más tiempo por el momento para entrar en pormenores. Está al cerrarse la valija del correo aéreo y queremos que estas líneas lleguen cuanto antes a Nicaragua. Pero excitamos a nuestros compatriotas, a ese valiente grupo estudiantil, a los obreros, y a todos aquellos que aún sienten vibrar en su corazón el amor a la patria, para que, sobreponiéndose a todo partidismo insano, eleven sus voces de protesta ante tamaña infamia.

Ya no se trata del entreguismo a cambio de poder, sino de la venta descarada e impúdica.

Desvergonzadamente se propala que Nicaragua cede lo que en derecho no cedería nunca, obligada a ello por la promesa dada por Honduras de ayudar a debelar el invicto movimiento libertador del General Sandino. Esta especie constituye de por sí otra infamia que hay que desnudar. El móvil verdadero de la sucia negociación es lo que aquí dejamos dicho: los setenta y cinco mil dólares de la compañía yanqui para los degradados vendepatria que a tan bajo precio se están cotizando en la almoneda de las esferas oficiales de Nicaragua.

En próximo folleto que publicaremos cuanto antes, conocerá el pueblo de Nicaragua toda esta negociación ignominiosa.

SALOMON DE LA SELVA.

A. ORTEGA DIAZ.

San José de Costa Rica, a 13 de febrero de 1931.

TRADUCCION

San José de Costa Rica, C. A., a
21 de febrero de 1931.

Al Hon. William E. Borah,
Senador de los Estados Unidos,

Edificios de las Oficinas
del Senado,

Washington, D. C.

Mi querido Senador:

La Noticia, diario de Managua, Nicaragua, publicó el 12 de febrero de este año ciertas declaraciones, hechas en el curso de una entrevista, del Hon. Mr. Matthew Elting Hanna, Ministro de los Estados Unidos en Nicaragua; es mi deber informar a la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, que usted preside, con respecto a esas declaraciones. Adjunto sírvase hallar un recorte que contiene la entrevista entera. Traduzco las declaraciones de Mr. Hanna en parte, como sigue:

"Nuestro representante" (de *La Noticia*) "preguntó a Mr. Hanna cuál era su opinión respecto al Convenio de límites con Honduras y se produjo" (Mr. Hanna) "de la siguiente manera:

"—Mi opinión es que el Convenio es magnífico. Sería un gran triunfo del Presidente General Moncada si logra que sea aprobado. Será de grandes beneficios para Nicaragua".

"Nuestro representante le interrumpió:

"—Pero el pueblo de Nicaragua en conjunto rechaza ese Convenio, señor Ministro, por lesionar nuestro territorio.

"Mr. Hanna repuso:

"—No me sorprende que tenga oposición el Convenio porque al momento no se ven los grandes beneficios que traerá para Nicaragua. Las consecuencias benéficas vendrán más tarde y entonces comprenderán" (los opositoristas, esto es, "el pueblo de Nicaragua en conjunto") "que es magnífico el paso que trata de dar este Gobierno.

"También el Convenio contribuirá a la pacificación del Norte" (la región de Sandino) "porque la comisión de ingenieros que demarcará la frontera tendrá que ser protegida en su labor por fuerzas de Honduras y Nicaragua para evitar un ataque de los bandidos" (fuerzas del Ejército Libertador que manda el Gral. Sandino). "Además, esa disputa de fronteras debe arreglarse amistosamente para evitar más tarde un conflicto entre ambos países".

You will please observe that Mr. Hanna's advocacy of the Treaty is based on three reasons: First, it will be of great benefit to Nicaragua. Second, it would contribute to the pacification of the Northern part of Nicaragua. Third, it would settle the boundary dispute in a friendly manner.

Taking the third reason first, Mr. Hanna is absolutely in the wrong. The people of Nicaragua would forevermore resent the high handed manner of settling that dispute which the said Treaty contemplates. It would not be far-fetched to say that the ratification of that Treaty by the Nicaraguan Congress and the consequent cession to Honduras of a fifth part of the territory of Nicaragua would have created in the psychology of Nicaraguans an "Alsace-Lorraine complex", which might have led future generations to possible war.

Mr. Hanna's second reason is nothing short of despicable. It means goading the Government of Honduras to undertake the pacification of that part of Nicaragua in which the efforts of thousands of United States marines have so significantly failed. Again, this intervention that was sought of Honduras although in the guise of cooperation with the Government of Nicaragua, would have created an enmity between the two peoples not easily blotted away. The vast majority of the Nicaraguan people believe that Gen. Sandino is in the right. They would not, without profound resentment, see the forces of Honduras fighting the forces of Gen. Sandino. Nor do I believe that the people of Honduras would tolerate such a crime; rather, what Mr. Hanna sees as a good measure, is to my mind a dangerous step to take, for it might involve the Government Honduras, a country fortunately at peace, into a war with its own population such as the war between the Moncada Government and the people of Nicaragua as represented by the army of Gen. Sandino.

But what of Mr. Hanna's first reason? What benefits can Nicaragua possibly derive from losing a fifth part more or less of its territory?

I have today received mail from Nicaragua posted there last night. My information is that up to this date Mr. Hanna has not disclaimed, denied or corrected any of the statements attributed to him by *La Noticia*, a paper, by the way; of rabid anti-Sandino partisanship. Mr. Hanna's quoted interview has given the impression that your great Government, for which he is the authorized spokesman in Nicaragua, is of the opinion that he has expressed, all the more so as Mr. Hanna, when he gave that interview, had very recently returned from consultation over Nicaraguan affairs with President Hoover and Secretary of State Stimson in Washington.

On February 13th, immediately upon learning of Mr. Hanna's statements, Mr. Adolfo Ortega Díaz (exiled Nicaraguan newspaper editor) and I saw fit to address a memorial to the people of Nicaragua making the following accusation:

1.—That a United States company, the Louisiana Nicaragua Lumber Co., was back of the negotiation of that boundary Treaty seeking to secure from Honduras a valuable concession in the disputed territory. This concession had been granted by the Nicaraguan Government but could not be made valid because of Honduras opposition while the dispute remained unsettled.

2.—That Dr. Julián Irías, Minister of Foreign Relations of Nicaragua and Nicaraguan negotiator of the Treaty, had been in the pay of the Louisiana Nicaragua Lumber Co. expressly to negotiate said Treaty.

3.—That, besides paying large amounts of money (graft, that is to say) in order to create a "favorable atmosphere" for the Treaty, the Louisiana Nicaragua Lumber Co. had agreed to pay in Nicaragua, through the Nicaraguan lawyer Dr. Félix Esteban Guandique, the sum of \$ 75,000 (seventy five thousand dollars) which it knew was loot to be divided among President Moncada, Minister Irías, said Guandique and other Nicaraguan parties.

These disclosures, attested to by Mr. Ortega Díaz's signature and mine, were no strict secret. Many who knew of these matters were not in a position, however, to make them public. First, they had no evidence with which to substantiate their charges; many things may be known to be true which, nevertheless, for lack of evidence, cannot be proven so before a tribunal. Secondly, the Moncada regime is a cruel despotism and to cross a despot maintained in power by the forces of the United States is no light risk for a Nicaraguan citizen to run. Those of us who have been exiled from Nicaragua, those that have been thrust in prison, and the relatives of those who have been executed, know the bitterness of it not in ourselves only but in the grief and tribulation of our dearest ones. For these reasons none dared to speak out the truth in Nicaragua. Mr. Ortega Díaz and I undertook the fulfilment of

Se servirá observar que el alegato de Mr. Hanna a favor del Tratado se basa en tres razones: Primera, será de grandes beneficios para Nicaragua. Segunda, contribuirá a la pacificación del Norte de Nicaragua. Tercera, arreglaría amistosamente la disputa de fronteras.

Si primero tomamos la tercera razón, Mr. Hanna está absolutamente equivocado. El pueblo de Nicaragua se resentiría para siempre de la arbitraria manera que el Tratado implica de arreglar esa disputa. No sería exagerado decir que la ratificación de ese Tratado por el Congreso de Nicaragua y la consecuente cesión a Honduras de una quinta parte del territorio de Nicaragua hubiera creado en la psicología de los nicaragüenses un "complejo de Alsacia-Lorena" que podría llevar a las generaciones futuras a la guerra.

La segunda razón de Mr. Hanna no es nada menos que despreciable. Significa azuzar al Gobierno de Honduras a que emprenda la pacificación de la parte de Nicaragua en donde los esfuerzos de millares de marinos de los Estados Unidos han fracasado tan significativamente. Por otra parte, esa pretendida intervención de Honduras, aun cuando se disfrazara de cooperación con el Gobierno de Nicaragua, hubiera creado una enemistad entre los dos pueblos que no fácilmente se hubiera borrado. La vasta mayoría del pueblo nicaragüense cree que el General Sandino tiene la razón. No verían sin hondo resentimiento a fuerzas de Honduras atacar a las fuerzas del General Sandino. Ni creo que el pueblo de Honduras toleraría semejante crimen; más bien, lo que Mr. Hanna ve como buena medida, es, a mi juicio, peligroso paso a dar, porque podría envolver al Gobierno de Honduras, país que felizmente goza de paz, en una guerra con su propia población como la guerra entre el Gobierno de Moncada y el pueblo de Nicaragua representado por el ejército del General Sandino.

Pero, ¿y la primera razón de Mr. Hanna? ¿Qué beneficios puede Nicaragua posiblemente derivar de la pérdida de una quinta parte más o menos de su territorio?

Hoy he recibido correspondencia de Nicaragua puesta al correo anoche. Mi información es de que hasta fecha de ayer Mr. Hanna no ha desmentido, negado ni corregido ninguna de las declaraciones que le atribuye *La Noticia*, periódico, dicho sea de paso, de rabioso partidismo antisandinista. La entrevista de Mr. Hanna que he citado ha dado la impresión de que su gran Gobierno de usted, del que él es portavoz autorizado en Nicaragua, es de la opinión que él ha expresado, tanto más así como que Mr. Hanna, cuando dió la entrevista, acababa de regresar de consultar acerca de asuntos de Nicaragua con el Presidente Hoover y el Secretario de Estado Stimson en Washington.

El 13 de febrero, inmediatamente que supimos de las declaraciones de Mr. Hanna, don Adolfo Ortega Díaz (periodista nicaragüense desterrado) y yo creímos procedente dirigir un memorial al pueblo de Nicaragua haciendo la siguiente acusación:

1.—Que una compañía de los Estados Unidos (la Louisiana Nicaragua Lumber Co.) estaba en el fondo de ese Tratado de límites procurando obtener de Honduras una valiosa concesión en el territorio en disputa. Esta concesión había sido otorgada por el Gobierno de Nicaragua pero no podía hacerse válida por la protesta de Honduras mientras no se arreglaba el litigio.

2.—Que el Dr. Julián Irías, Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua y negociador por parte de Nicaragua del Tratado, había estado a sueldo de la Louisiana Nicaragua Lumber Co. expresamente para negociar ese Tratado.

3.—Que, además de pagar grandes sumas de dinero (soborno, es decir) para crearle una "atmósfera favorable" al Tratado, la Louisiana Nicaragua Lumber Co. se había comprometido a pagar en Nicaragua, por medio del abogado nicaragüense Dr. Félix Esteban Guandique, la suma de \$ 75,000 (setenta y cinco mil dólares) a sabiendas de que esa suma era botín que se repartirían el Presidente Moncada, el Ministro Irías, el dicho Guandique y otros individuos de Nicaragua.

Estas revelaciones, respaldadas por las firmas del señor Ortega Díaz y mía, no eran un estricto secreto. Muchos que sabían estas cosas no estaban, sin embargo, en condición de poder hacerlas públicas. Primero, no tenían pruebas con las cuales respaldar sus cargos; muchas cosas se pueden saber que son ciertas las cuales, no obstante, por falta de pruebas no pueden comprobarse ante un tribunal. Segundo, el régimen de Moncada es un despotismo cruel y oponerse a un déspota a quien mantienen en el poder las fuerzas de los Estados Unidos no es un riesgo ligero que pueda correr un ciudadano de Nicaragua. Aquellos de nosotros que hemos sido expatriados de Nicaragua, aquellos que han sido arrojados a la cárcel, y las familias de los que han sido ejecutados, sabemos la amargura de esto no sólo por nosotros mismos sino por el dolor y la tribulación de nuestros seres más queridos. Por estas razones nadie se atrevía a decir la verdad en Nicaragua. El señor Ortega

that duty and have stated that we can prove our accusation. While in New Orleans, whither the course of exile took us last year, we were able to get to the root of this Treaty negotiation and to unravel the entire filthy skein. Is it possible that no inkling of the scandalous deal between the Louisiana Nicaragua Lumber Co. and the Moncada Government had reached the knowledge of the United States Minister? I have strong reasons for believing that not only did Mr. Hanna have rumors of this Nicaraguan *Tea-Pot Dome*, but that he acted with full knowledge of all that was involved.

On February 11th., the day of Mr. Hanna's interview, the Treaty was before the Nicaraguan Congress for ratification. It was being timidly opposed there although feeling throughout the country was strongly against it and the University of Managua had been ordered closed on account of the protests of the student body against the Treaty. The Executive was exerting great pressure in order to have the Treaty ratified. Now, in such a situation, what effect could the statements of the United States Minister have on Congress? Mr. Hanna is no irresponsible individual. I for one recognize in him great diplomatic ability. I feel also—and in this I am certainly not alone—that he was conscious that his words would have tremendous weight in a Congress all the members of which *have been elected under United States dictatorial control of elections.*

Because Mr. Ortega Díaz and I had the honest courage to act as we did, our lives have been threatened. No newspaper in Nicaragua dared print our accusation: A free press is not to be expected where United States marines uphold a government. Our charges nevertheless circulated profusely in typewritten copies which we had signed, and they were read in Congress. The student body and the laboring classes became ever more determined in their opposition of the Treaty, and its ratification as originally presented has for the time being failed.

What does the United States Minister, Mr. Hanna, have to say now?

We are often told that the denunciations are unfair made by those of us in Latin America who see a menace to our national interests and to our international peace in the intervention of United States forces in our political affairs, in the officiousness of United States diplomatic agents, and in the methods of State Department-backed United States concession hunters. We are often accused of speaking loosely and passionately and of not being able to substantiate our charges.

Now, this incident that I have here related at some length, is a concrete case. I earnestly hope, I fervently pray, that your Committee may want to investigate it fully and so realize what we are up against in Latin America when your marines, your diplomats and your concession hunters join in purpose.

As this is a matter of continental public interest I am making this an open letter with regard to which I trust that your good self and fellow-Senators will hear from many fair-minded citizens of the United States. Or is all hope of a justice arrived at by reasonable methods of exposition and investigation a vain hope, and is there nothing that we of Nicaragua can do, who will not submit to *abjection, except kill and be killed?*

Yours very earnestly,

SALOMON DE LA SELVA.

Díaz y yo emprendimos el cumplimiento de ese deber y hemos declarado que podemos comprobar nuestra acusación. Mientras estuvimos en Nueva Orleans, hacia donde nos llevó el curso de nuestro destierro el año pasado, pudimos dar con la raíz de la negociación de ese Tratado, y desenredar toda la madeja inmundada. ¿Será posible que ningún eco de este escandaloso negocio entre la Louisiana Nicaragua Lumber Co. y el Gobierno de Moncada haya llegado a oídos del Ministro de los Estados Unidos? Tengo fuertes razones para creer que Mr. Hanna tenía no sólo rumores de este *Tea-Pot Dome* nicaragüense sino que actuó con pleno conocimiento de cuanto se tramaba.

El 11 de febrero, día de la entrevista de Mr. Hanna, el Tratado estaba en el Congreso de Nicaragua para su ratificación. Allí se le hacía tímida oposición aunque en todo el país era fuerte el sentimiento que había en su contra y la Universidad de Managua había sido clausurada por las protestas de los estudiantes en contra del Tratado. El Ejecutivo estaba ejerciendo gran presión para que el Tratado fuese ratificado. Ahora bien, en tal situación, ¿qué efecto podrían tener en el Congreso las declaraciones del Ministro de los Estados Unidos? Mr. Hanna no es individuo irresponsable. Por mi parte, le reconozco gran habilidad diplomática. Creo también, y en esto estoy seguro de que no estoy solo, que tenía conciencia plena de que sus palabras tendrían peso tremendo en un Congreso todos cuyos miembros han sido electos en elecciones hechas bajo el control dictatorial de los Estados Unidos.

Porque el señor Ortega Díaz y yo tuvimos el valor honrado de obrar de la manera que lo hicimos nuestras vidas han sido amenazadas. Periódico ninguno en Nicaragua se atrevió a publicar nuestra acusación: Una prensa libre no se espera donde marinos de los Estados Unidos mantienen al Gobierno. Nuestros cargos, sin embargo, circularon profusamente en copias escritas a máquina que nosotros firmamos, y fueron leídos en el Congreso. El cuerpo estudiantil y las clases laborantes afirmaron más que nunca su determinación en contra del Tratado, y la ratificación de éste en la forma originalmente presentada ha fracasado por el momento.

Y ahora, ¿qué tiene que decir el Ministro de los Estados Unidos, Mr. Hanna?

Con frecuencia se nos dice que son injustos los ataques que hacemos aquellos de nosotros en la América Latina que vemos una amenaza para nuestros intereses y para nuestra paz internacional en la intervención de las fuerzas de los Estados Unidos en nuestros asuntos políticos, en la officiosidad de los agentes diplomáticos de los Estados Unidos, y en los métodos que emplean los *caza-concesiones* estadounidenses respaldados por el Departamento de Estado. Con frecuencia se nos acusa de hablar sin coherencia y apasionadamente y de no poder corroborar nuestros cargos.

Ahora bien, este incidente que le he relatado, es un caso concreto. Sinceramente espero, fervientemente ruego, que su Comisión quiera investigarlo plenamente para que así se dé cuenta de lo que tenemos en contra en la América Latina cuando los marinos, los diplomáticos y los *caza-concesiones* de ustedes unen sus propósitos.

Como éste es asunto de interés público continental hago abierta esta carta respecto de la cual confío que su buena persona y sus colegas del Senado recibirán muchas cartas que les escriban ciudadanos de los Estados Unidos que sean justicieros. ¿O será vana toda esperanza de obtener justicia por medios razonables de exposición y de investigación, y no habrá nada que podamos hacer los de Nicaragua que no nos someteremos a ninguna abyección, excepto matar y ser muertos?

Muy sinceramente suyo,

SALOMON DE LA SELVA.

Así habló Rabindranath Tagore

=De Social. La Habana.=

La entrevista con Rabindranath Tagore debería escribirse en el estilo de los Evangelios. Nadie como el místico poeta de la India da una tan completa impresión de espiritualidad. Bajo el influjo de su voz armoniosa, suave como su filosofía, todo concepto material desaparece y sentimos el contrito impulso de la oración. Tagore tiene mucho de Jesucristo, del «Fratello» de Asís, y de Spinoza. Se diría que, como en su poema inmortal, siempre siente «el dolor infinito de ser hombre»...

Mañana gris en la postrimería del Otoño. En el apartamento neoyorquino de Rabindranath Tagore hay un ambiente de pagoda y de claustro de San Bruno. Es una atmósfera de religiosidad cósmica dentro de la cual lo mismo estaría bien Sakya Muni, que Teresa de Jesús o Santayana. El Poeta habla:

—La América española es muy interesante. Hay muchas leyendas poéticas en esos países... Poesía amorosa y sensual, a veces triste, con esa tristeza intermitente de la carne que no conoce disciplinas. Ustedes son demasiado jóvenes para haber adquirido nuestra melancolía, que es la clave del espiritualismo. Nosotros ya hemos vivido mucho; hemos analizado la vida, y nuestra poesía es el producto de las experiencias y de los análisis, y quizás también de la nostalgia de nuestra ya perdida juventud...

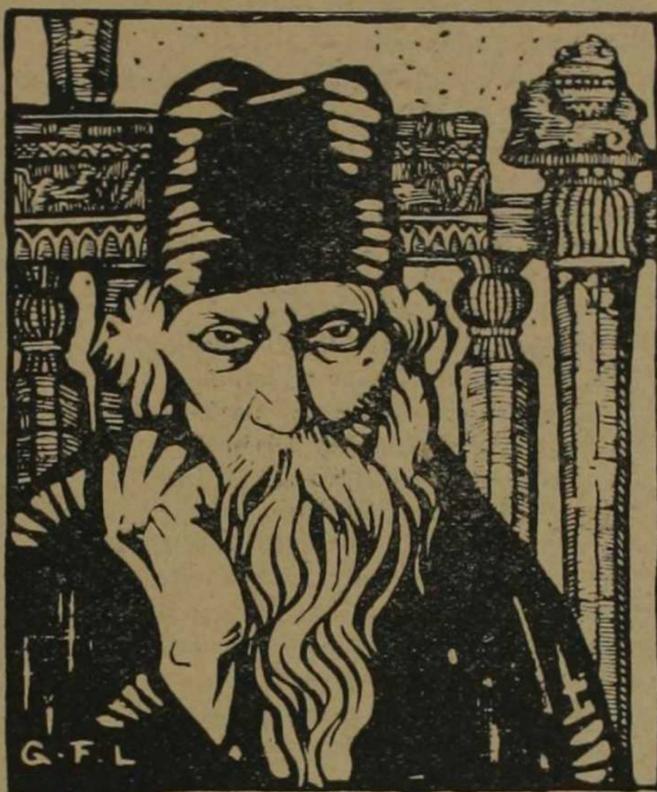
Tagore ha dicho estas palabras con la calmada y plácida elocución de un brahmín, y a través de ellas he percibido toda la tranquilidad espiritual de su raza envejecida por sesenta siglos de civilización. Pausó en tres puntos suspensivos, y luego, para que su concepto no fuera mal interpretado, continuó:

—No hablo de la vida terrena, de los días de permanencia en este planeta, sino de la vida cósmica. Nuestra existencia aquí sólo es una situación transitoria que nos prepara para el advenimiento de días mejores. Si así no fuera, la muerte sería un terrible punto final de un período demasiado corto y casi inútil...

Un joven indio ha entrado silenciosamente a avivar el fuego de los pebeteros con resinas de Arabia. El chisporroteo de la mirra interrumpe en trepidaciones la pulida continuidad del humo, y se impregna de un perfume exótico la penumbra del salón.

El traje talar del Poeta, su aspecto mesiánico y el ambiente que lo rodea, se combinan para hacernos sentir el sortilegio de la Fuerza Espiritual que crea religiones y establece dogmas. Todos los ademanes de Sir Rabindranath son meditados y sacerdotales, y cuando se queda pensativo e inmóvil, parece un cuadro de Domingo, el Greco. Su rostro, alargado y cobrizo, se ilumina con la albura de su cabellera que cae en guedejas bien peinadas sobre la barba apostólica. Y sus ojos, grandes y opalinos, tienen toda la tristeza reposada de la sabiduría oriental.

Tagore vuelve a hablar. Su voz suave y lenta va desgranando en perfección de armonía los más eufónicos vocablos.



Rabindranath Tagore

Es un poema en prosa su conversación:

—En Occidente aún no han comprendido la eterna Verdad y por eso creen que la conquista suprema es la del poder material. La Europa de la civilización greco-latina se ha olvidado de que lo que vale es la personalidad que llevamos dentro, y desorientada busca la preponderancia de las grandezas materiales. A Europa la han herido de muerte las desconfianzas, los odios y la ambición. Para salvarse tendrá que convencerse de que las cosas materiales no son los factores de la felicidad; pero esto exige una imposición del espíritu sobre lo puramente material, a fin de obtener el convencimiento de que nuestro ser se integra con el Sér Supremo, puesto que somos una proyección del Infinito, una continuidad de Dios...

Flores, incienso, mirra, apacibilidad... ¡Qué contraste con el medio utilitario de la Urbe que se asoma a la ventana del Poeta bengalí! Tagore ha adivinado mi parangón, y continúa hablando mientras fija su mirada condolidada en la audacia de los rascacielos:

—Aquí también se han equivocado en el concepto de la realidad. Han entronizado la Máquina; han establecido la jerarquía de lo impersonal por su aspecto de aparente verdad, porque parece una realidad a la mente humana, aun cuando sólo es una ilusión. Maya... Maya única-

Luis C. Sepúlveda

Nueva York, diciembre de 1930.

Estas obras de Luis López de Mesa:

La tragedia de Nilse (Novela).....	5-00
Iola. (Leyendas).....	5-00
El libro de los apólogos.....	3-50
Introducción a la Historia de la Cultura en Colombia.....	5-00

Solicítelas al ADR. del Rep Am.

mente, porque se ha querido invertir el orden transfundiendo lo Divino en lo humano, en vez de buscar la trans fusión de lo humano en lo Divino, que es el medio de encontrar la verdadera Verdad... ¿La Divinidad?... Lo mismo da que sea Brahmán, o Jehová, o Dios, o Alá. Lo necesario es que en esas concepciones de la Deidad se reconcentre la espiritualidad cósmica, y que el hombre, como partícula integradora del universo, aprenda a sentir dentro de sí las palpitations eternas del Espíritu, que es la Verdad, la Esencia Divina, eterna y omnipotente, sin principio y sin fin...

Suave, bondadoso, persuasivo—a fuer de persuadido—Tagore va explicando sus teorías espirituales en éxtasis de iluminado; habla como debió hablar Jesucristo en el Sermón del Monte; como debió hacerlo Francisco de Asís al predicar su dulce Evangelio de fraternidad; como seguramente habló Barruch de Spinoza a los cándidos espíritus que lo oían en Amsterdam:

—Todo este apresuramiento materialista sólo sirve para atrofiar las facultades ennoblecedoras del ser humano, pues embota las sensibilidades espirituales. ¿Acaso las flores tienen que trabajar para llenar de belleza y de alegría las praderas? Un minuto contemplativo, uno de esos minutos en que nuestra alma comulga con el misterio de la Creación, vale más, en concepto de eternidad, que diez años de esfuerzo materialista. Ningún hombre es capaz de conseguir, ni aún con todos los medios materiales del mundo, que en su mano germine la semilla o se convierta en pulpa de fruto la corola de la flor. Sin embargo, en el seno de la tierra la Consciencia Cósmica hace el milagro en un segundo, y mientras duerme tranquilo el masovero, ¿Y qué esfuerzo ha sido necesario para que en las mañanas abrilenas surja ante nuestros ojos sorprendidos la fragante eclosión de los rosales? Por eso ningún tiempo es perdido, ni aún aquel en que el hombre se aparta de la Verdad, pues todos los instantes de nuestra vida están en la mano de Dios. Quizás este mismo descarrilamiento que representa la materialidad contemporánea, sea el medio de que se vale la Consciencia Cósmica para llevar al concierto final de la Verdad Suprema a quienes sin ese descenso al vacío probablemente no encontrarían la consolaración del Paraclito.

Calló otra vez; la ternura de sus ojos profundos se posó en los bouquetiers de su escritorio; luego, bajó la mirada en su habitual actitud de humildad, y concluyó en tono menor de susurro:

—Todo, hasta el mal aparente y pasajero, es un bien si nos ayuda a comprender la Verdad Eternal.

Como Isaac Laquedem, que al oír a Barruch de Spinoza recuperó su fe, yo aquella mañana volví a encontrar la mía al oír a Rabindranath Tagore. El Gran Místico hizo el milagro de devolvérmela, y puso en mi espíritu el contrito impulso de la oración.

Eurípides

=Introducción al volumen que contiene las admirables versiones en verso inglés que hizo Sir Gilbert Murray del *Hipólito* y de *Las bacantes* de Eurípides y de *Las ranas* de Aristófanes. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para *Repertorio Americano*—

3.—Véanse las entregas 7 y 8.

La *Hécuba* es un drama de la guerra de Troya, el gran triunfo guerrero de la edad heroica de Grecia. Como es costumbre en Eurípides, lo que le interesa aquí es el anverso de la medalla: La bajeza y, lo que es peor, la mediocridad de carácter de los conquistadores; los males monstruosos de que son víctimas los conquistados; la degradación moral de ambos bandos, que culmina con la transformación de Hécuba, noble reina oriental, en una especie de diablesa maligna. Entre los héroes que tomaron Troya contábanse —todo ateniense lo sabía— dos hijos de Teseo. El público de Atenas insistiría, desde luego, en que se les mencionara. Eurípides los menciona, una sola vez por todas, ¡y qué mención! Joven princesa va a ser asesinada, por voto de las huestes griegas. Hay curiosidad por saber qué dijeron estos jóvenes superiores, vástagos de Atenas, cuando el perverso Odiseo consintió en el asesinato de la doncella. Y Eurípides satisface la curiosidad: «Los hijos de Teseo, ramas floridas del árbol ateniense, pronunciaron discursos» —¡como en su patria en sus peores días!— «contradiéndose el uno al otro; pero ambos votaron por el asesinato». No es maravilla que en sus cincuenta años de producción dramática, Eurípides obtuviese sólo cuatro primeros premios.

En la escena que escojo (vv. 795 ss.) el cadáver del último hijo varón de Hécuba, Polidoro, acaba de ser arrojado a la playa por el mar. Como era niño, había sido enviado a un caudillo de Tracia, viejo amigo de los reyes de Troya, por el tiempo que durase la guerra. ¡Y ahora se comprueba que el tracio, en cuanto vió que la causa de Troya estaba irremediablemente perdida, asesinó a su pupilo! Hécuba le ruega a su enemigo Agamemnon que le dé auxilio para vengar el crimen. El «Rey de Hombres» es en este drama, como siempre que Eurípides lo pone en escena, un pobre diablo: Soldado valeroso, es cierto, y jefe no falto de bondades secundarias en medio a la ruina que siembra; pero sensual y, en lo moral, cobarde. La escena es frente de su tienda de campaña. Dentro de esa tienda está el único fruto de su vientre que le queda a Hécuba: Casandra, la profetisa que ha hechos votos de virginidad eterna o de unión sólo con el Dios: ¡Agamemnon la ha violado y la tiene de concubina!

Observad cómo el alegato de Hécuba fracasa en sus razones nobles, mientras que las razones bajas que aduce tienen éxito. Le muestra a Agamemnon el cuerpo de su hijo y le dice cómo, mediante mentirosa estratagemas, el tracio le dio muerte:

¡Y en esa red de engaños
sin compasión de sus pueriles años
le asesinó! Bien pudo el asesino,
si verter esa sangre era su sino,
siquiera darle al pobre cuerpo escudo
de tierra fiel; pero lo echó desnudo

al vómito del mar. ¡Rey, soy tu esclava,
la que las ropas de tu lecho lava,
débil, por el dolor, hasta la muerte:
Ah, pero escucha, Rey, que Dios es fuerte!
Y más fuerte que Dios, la que preside
inapelables juicios y divide
lo injusto de lo justo: Si tú ahora
esta causa desechas que te implora:
Si el custodio a su huésped asesina
impunemente, dí, ¿la Ley Divina
no queda desterrada? ¡No toleres
que te clamen en vano las mujeres!
¡No me odies más! ¿Qué daño puedo hacerte?
¡Ten compasión de mi terrible suerte:
Cuenta las penas que me agobian: Mira,
tu esclava soy, y el yugo de tu ira
llevo donde llevaba mi corona:
Y fui madre... Y ahora me abandona
el último consuelo: Sólo espero
morir: Ya soy anciana y pronto muero!...

(Agamemnon, molesto y presa de embrazo se dirige a su tienda de campaña.)

¡No me dejes: Escucha!... Yo tenía
hijas también, mi coro de alegría:
Hoy una sola tengo, la más pura,
hundida en la vergüenza más oscura...
¡El humo, el humo! Incendio! ¡Troya en llamas!

(Hécuba se desmaya. Agamemnon ordena a las otras esclavas que la atiendan... Hécuba vuelve en sí y se levanta con una idea repentina.)

—¡Me atreveré: Por más que de las ramas
del árbol del amor se haya caído
la última flor divina, y, fermentado,
ese árbol aquí sea leña seca,
fruta que se pudrió, palabra hueca!...—
¡Oyeme, Rey, contigo duerme mi hija:
Tu sábana de púrpura cobija
a la que en Troya fue virgen sagrada,
Casandra, mi princesa!... Si te agrada
el coloquio de amor en lo callado
de la alta noche: Si el misterio alado
que ronda la hora del supremo beso
te pone en toda vena dulce exceso,
dí, ¿no me debes algo? Si te halaga
mi hija, ceñida a ti, ¿no tendré paga?
Y ella, ¿no la tendrá?... ¡Este es su hermano!
Tuyo también, ¿no es cierto?... ¡Alza la mano
para vengar su muerte!...

Esta razón, desesperada y horrible, conmueve a Agamemnon. Pero... Todo su tiempo, por el momento,—dice,—se lo quita el estar con Casandra. Y teme. El rey de Tracia,—alega,—es aliado de los griegos: El pobre muchacho asesinado era, bien visto, un enemigo. Las gentes dirán que Casandra influye demasiado en su ánimo: Si no fuera por eso...

Hécuba le replica con palabras que bien pudieran servir de lema para la mayoría de los dramas de Eurípides de esta época como también de muchas de las obras de Tolstoy en nuestros días:—

¡Basta! ¡No hay hombre libre en este mundo:
Todos esclavos: Unos, de amo inmundo,
el deseo carnal: Otros, del oro
que allega la avaricia; o del decoro
mentido y mentiroso ante la plebe:
Nadie por propia voluntad se mueve
ni emplea el alma propia! ¿Tú al rebaño
le temes, qué dirá? ¡No temas daño:
aunque sea tu esclava, te haré libre!...

Formula un ardid Hécuba que no implicará al rey de los argivos. Se le permite al caudillo tracio visitarla. Con el pretexto engañoso de comunicarle dónde hay un tesoro escondido, ella lo atrae, a él con sus dos hijos pequeñuelos («es prudente que ellos sean testigos, por si él muere!»), a la tienda donde moran las troyanas cautivas. Las mujeres, con mimos, poco a poco separan a los niños del padre. Fingiendo curiosidad risueña por las javalinas del guerrero y por el tejido de su capa, lo rodean. A una señal, se prenden de él y lo sujetan, y en su presencia le asesinan los hijos, y le arrancan a él los ojos. Agamemnon, que sabía que algo iba a suceder, pero que nunca esperaba semejante desenlace, se horroriza pero nada puede hacer. El bárbaro, con las cuencas de los ojos manándole sangre, sale a escena. No puede tenerse en pie, y se arrastra. Va palpando el suelo, buscando los cadáveres de sus hijos, buscando quien le dé ayuda, buscando a quien destrozar. Ruge con alarido de fiera, y así culmina el horror de esta escena.

No nos aventuraremos más en el análisis de este tipo de drama. Por más ejemplos que pudiéramos citar, no probaríamos desde luego, nada. Un trágico ha de ser creador de escenas espeluznantes. Siempre es peligroso,—y a veces un tanto vulgar,—deducir de las obras de un poeta conclusiones acerca de su propia vida; pero, de una parte, tenemos el hecho de un amargor que va en *crescendo* en los dramas de Eurípides, y, de otra, la impresión peculiar que dejan estas obras y a la que ya nos referimos antes, de que tratan de cosas no inventadas sino reales y concretas. Pero no es nada positivo en sí lo que nos puede dar luces acerca del tono posterior de Eurípides. No son las fuertes arremetidas que emprende en contra de casi todas las instituciones de la sociedad humana: En contra de la riqueza y de la pobreza, en contra de los conceptos de lo femenino y de lo viril, en contra de la esclavitud vista desde el punto de los amos y desde el de los esclavos, y, sobre todo, en contra de las democracias y de la demagogia; no son siquiera los caracteres que en muchedumbre nos presenta en escena, todos desequilibrados y sórdidos, esclavos trémulos de la ambición como Agamemnon, intrigadores sin sentimientos y sin escrúpulos como Odiseo, mezclas inestables de vanidad y de caballerosidad como el Aquiles de la segunda *Ifigenia*, mujeres de poco fondo como Helena y mujeres terribles como la Electra del *Orestes* (drama éste del que el escoliasta ingenuamente dice que «los personajes son todos perversos excepto Píldes,» excepción que es un sujeto más bien idiota que tiene el oficio de matar). No son puntos como éstos lo más significativo. Lo significativo es la pérdida gradual de la serenidad y de la esperanza. Creo que la mayoría de quienes han estudiado la obra de Eurípides convendrán conmigo en que casi el único vestigio que queda del espíritu del *Alcestes* o del *Hipólito*, la única región de belleza no turbada, que se puede hallar en las tragedias de la última época, es el elemento lírico de los dramas. Hay una o dos obras, como la *Andrómeda*, que

parecen haberse escapado de la realidad al país de las aves de Aristófanes, y se leen como cuentos de amor; y hasta en la *Electra* hay cánciones. Eurípides había formulado, unos veinte años antes de su muerte, esta plegaria: «¡Cese de vivir si las Musas me abandonan!» Y su súplica fué oída. El mundo se había vuelto oscuro, sórdido, colérico, ante sus ojos, pero

la Poesía hasta su último día fluyó de sus labios radiante e inmaculada.

Este estado de ánimo, y su natural desenvolvimiento es lo que, a mi juicio, nos puede dar la mejor clave para comprender *Las bacantes*, su último drama, que no dejó acabado del todo cuando murió. Lo escribió en singulares circunstancias.

Sir Gilbert Murray

(Seguirá en la próxima entrega.)

Estampas

Desmorónense las patrias chicas, y las grandes también se desmoronarán

=Colaboración directa=

Volvemos a la cita de Plutarco. Ha venido mientras leíamos la defensa del patriotismo de un pueblo. Tal vez cabría decir, mejor, el elogio de ese patriotismo. Por que el escritor Max Grillo al juzgar a su patria libre de la imperialización saxoamericana, establece el contraste que deprime a otras patrias de la América nuestra, menos afortunadas que la suya en el engendro de hombres de visión patriótica. Él es colombiano y hace bien en pregonar las defensas que su nación ostenta. Sólo que viéndolo a través de Plutarco, resulta vulnerable. Colombia no será Nicaragua simplemente porque ella ha defendido aquellos principios e instituciones que son fundamentales en toda soberanía. Sin embargo, ante la imperialización de los Estados Unidos no es hacer mucho. Y aquí es donde Plutarco cabe naturalmente: «Porque ninguno empieza de pronto a trastornar el gobierno con un gran crimen, sino que abren camino para destruir la guarda de las cosas mayores los que descuidan del cielo y esmero en las pequeñas».

El elogio no alcanza esas cosas mínimas cuando el elogiador no las supone influidas del mismo destino de las grandes. Para afirmar en este ciclo de la historia de nuestra América que la imperialización saxoamericana no penetrará, se exalta en cada pueblo «la estabilidad de sus instituciones; la observación irrestricta de los más puros principios de la democracia; el respeto a las libertades públicas y a las leyes; el horror de las dictaduras; el alejamiento de la institución armada de las luchas políticas; la consagración al trabajo fecundo de todas las clases sociales y la intensa labor educativa que eleve la conciencia de los pueblos y los prepare para defender a la patria de los traidores vulgares y de los malos gobiernos, que son los que preparan el camino por donde llegan la degradación y la conquista.» Cosas mayores todas que podrían completarse con el culto a la bandera y al himno.

Pero en verdad no resuelven ellas solas el problema enorme que a nuestros pueblos presenta la imperialización del Norte. Y es que nos olvidamos de las cosas pequeñas, nos irritamos cuando nos dicen que no las vemos con celo y esmero. Y lo grave es que nos vamos

acostumbrando a considerar sin importancia todo aquello que no responda al concepto anticuado de patria en que hemos venido viviendo. Ese concepto gira al rededor de principios que ya no tienen razón de existir, desatada como está la fuerza imperializante de los Estados Unidos. Es claro que nos resulta ofensivo oír que se nos advierta que el experto precede al marino. Mas, ¿qué hechos de nuestra evolución esta exhibiendo la contratación del técnico yanqui? Que carecemos de confianza en nuestros propios hombres. Que no nos hemos preocupado por su educación. Que los problemas que el mundo esta presentando nos son desconocidos. Adivina así el poderío imperializante la ignorancia en que puede sorprendernos. Comprende que si se le llama a legislar para darle destino a las riquezas naturales de estos pueblos, ese destino no será contrario a los designios del imperio. El plan de conquista se perfecciona con el experto. Las normas de explotación de nuestras riquezas naturales dadas por el experto a petición nuestra, serán las que la imperialización haga regir.

Y sin embargo, es cosa pequeña el experto saxoamericano. Nos engañamos con el concepto arrugado de patria que inspira nuestra vigilancia y nuestra conducta. Cuando lo que debíamos imponernos es la revisión total de ese concepto de acuerdo con la realidad actual. De otro modo lo que nos espera es la imperialización. No esperemos los grandes crímenes contra el gobierno de un país, para llenarnos de alarma. Démonos cuenta de que en el interés de la misma «Imperial República» está ejercer la penetración sin estridencias. Y la mejor manera de realizarla es estudiando por su cuenta nuestros propios problemas políticos, económicos, educacionales, sociales. Si los descuidamos y esperamos a que la solución nos llegue del Norte, estaremos obligados a recibirla imperializada.

No hay que hacerse ilusiones. Los Estados Unidos en la hora actual tienen a la América entera metida dentro de su aura imperializante. Ningún país puede hablar de estar a salvo de ella. Por eso debemos recibir con simpatía toda advertencia que de ella nos llegue para que nos libremos de la marinería, librándonos primero de los expertos. Demos

toda la importancia que tienen a esos menudos sucesos. No perdamos de vista la circunstancia de que la educación de los Estados Unidos se orienta hacia la idea del Imperio. Nuestras riquezas naturales son el sustento exterior de ese imperio. De manera que si pedimos experto que las ciña a normas de explotación, sencillamente las estamos condenando de antemano al dominio saxoamericano.

No confiemos demasiado en el poder de vigilancia que podamos desarrollar. Hay penetraciones que escapan al escándalo y se desarrollan como simples actos para hacer provechosas las relaciones entre nuestros pueblos y la «Imperial República». Por alardear de viriles, por suponernos en un plano distinto de evolución patriótica, no miramos con recelo el trato que nos da esa República. Y sobre todo, nos complacemos en establecer el contraste con otros pueblos imperializados para proclamar el esmero con que el nuestro se ha librado del vasallaje. Error grande, por cierto. Porque la política de expansión es una misma y si al aplicársele a Nicaragua se hace con escarnio, no quiere decir que ese sea el tono uniforme. Hay cierto proteísmo en esa expansión. Esperar siempre el descaro y nunca la zalamería, es cegarse a la comprensión de realidades que nos golpean día a día en esta tragedia imperializante. No podemos hablar con desprecio de Nicaragua, porque el mal suyo es también el nuestro. ¿Quién nos dice que la traición y la vileza que allá precipitó la marinería soez, no viven al atisbo de ocasión propicia en cada una de nuestras naciones? Y además, la misma importancia tiene en la clasificación de valores de la plutocracia saxoamericana, el petróleo colombiano que las aguas nicaragüenses. Ambas riquezas son necesarias en el crecimiento del Imperio. De suerte que las resguarda con los mismos marinos. Se procura que no sirvan otros designios que los del Imperio.

Es así en nuestro sentir como debemos enfrentarnos a la imperialización. Considerando mal nuestro el que se infiera a cualquiera de estos pueblos. Dándonos cuenta de que a ninguno le está reservado un respeto especial. Sólo así nos libraremos de la torpeza de hacer escarnio de Nicaragua, como si Nicaragua no fuera de nuestro Continente. Sólo poniendo interés en estas pequeñas cosas podremos salvar las mayores. La lucha contra el enemigo de afuera tiene que ser intensa. Por eso no es prudente engreirnos y confiar demasiado en el poder salvador de nuestros hombres providenciales. Ante la imperialización que nos quiere consumir hay que desplegar mucha fuerza y hasta ser hoscos y desconfiados. El capital extranjero es necesario para tanto uso como registra el progreso y la civilización de los pueblos. Pero si ese capital sale de la plutocracia saxoamericana, es urgente ceñirlo a principios que no le abran la entrada al dominio de nuestro suelo, de nuestras riquezas naturales. ¿Y consentirán los monarcas de ese capital en que se le limite su fuerza de conquista? Nunca, cuando

quien trate de limitar sea un pueblo de la América nuestra.

La cita de Plutarco debe encontrar difusión pronta a fin de aplicar otra idea al concepto del peligro. No pasarían sin mover nuestra sorpresa y nuestra condenación, tantos sucesos a los cuales les damos carácter transitorio. Confiaríamos menos en la obra de los providenciales y cada uno vigilaría mejor su patria y todas estas patrias desunidas.

Juan del Camino

Cartago y marzo del 31.

La Vida de Vivekananda

El discípulo amado

3.—Véase la entrega anterior.

A los diecisiete años, preparaba su primer examen de Universidad. En noviembre de 1880, en una casa amiga, la de Surendranath Mitra, rico publicano convertido al Cristo indo, durante una pequeña fiesta en que Narendra cantó un bello himno religioso, por la primera vez, «los ojos de milano» de Ramakrishna, apercibieron el alma insatisfecha. Y él puso sobre ella su esperanza⁽¹⁾. Y así, rogó a Surendranath llevarle a Naren, a Dakshineswar.

El joven llegó, entre una tropa de amigos aturdidos. Entró y se sentó, con descuido de todo lo que le rodeaba, al parecer sin ver ni oír, encerrado en su pensamiento. Ramakrishna, que le observaba, le rogó que cantase. Narendra obedeció, y su canto tenía un acento patético; y el Maestro, que como él era apasionado de la música, entró en éxtasis. Aquí, dejó la palabra a Naren:

—«Así que hube cantado, se levantó bruscamente y, tomándome por la mano, me condujo a la verandah del norte y cerró la puerta tras de nosotros. Estábamos solos y nadie nos veía... Con gran sorpresa mía, todo él se hundía en lágrimas de gozo. Me tenía por la mano, y conduciéndome muy tiernamente, como a alguien a quien se conoce familiarmente desde mucho tiempo atrás, me dijo: «Ah! Venís tan tarde! Cómo has podido tener tan poca bondad para hacerme esperar tanto tiempo! Tengo cansadas las orejas de tanto oír las palabras inútiles de esos hombres. Languidecía por derramar mi espíritu en el seno de alguien que fuera apto para recibir mis experiencias interiores...» Y así proseguía en medio de sollozos. Luego, permaneciendo frente a mí con las manos juntas «Señor—dijo—sé que eres el antiguo sabio Nara, encarnación de Narayana⁽²⁾, nacido en la tierra para hacer desaparecer la miseria de la humanidad...⁽³⁾» Yo caí de mi altura... ¿Qué es lo que

No nos engreiríamos en nuestra propia gloria. No nos llenaría de ira la voz de quienes nos quieren bien cuando nos dicen que despertemos al peligro. Seríamos sensibles a la censura. La oiríamos siguiendo el consejo de Gracián: «Harto más mal hace la lisonja de los amigos, aquella pasión con que todo lo hacen bueno, aquel afecto con que todo lo disimulan, hasta dar con un amigo enfermo, en la sepultura de su perdición».

he venido a ver?—pensaba yo—es posible que esté loco de atar! Qué! Yo soy el hijo de Viswanat Dutt, y él osa hablarme de este modo!...» Pero permanecí impassible y le dejé hablar... Volvió a tomarme la mano y me dijo: «Prometeme que volveréis a verme, solo, y pronto!...»

Narendra lo promete, por dashacerse de su extraño huésped, pero interiormente se juró no volver. Luego vuelven a la sala común, donde se hallan los otros. Narendra se sienta a distancia y observa a su personaje. Nada nota de bizarro en sus facciones, en sus palabras: una lógica interior, en que se presiente el fruto de una vida de renunciación absoluta, una imponente sinceridad. Narendra oye decir—y estas palabras corresponden a su secreta persecución en la noche—:

—«Dios puede ser realizado. Se le puede ver y hablarle, como lo hago con vosotros. Pero, ¿quién se cuida de hacerlo? Se derraman lágrimas por la esposa, los hijos o los bienes. Pero, ¿quién lo hace por amor de Dios? El que lo hace sinceramente por El, a ese se manifiesta El...»⁽⁴⁾

Y Narendra tiene la impresión de que estas no son, para el que habla, palabras vanas; que él ha probado su eficacia en sí mismo. El joven no llega a conciliar la imagen presente ante sus ojos, del sabio simple y sereno, con la escena inconcebible de que acaba de ser testigo. Se dice: «Es un monomaniaco; pero no carece de grandeza. Puede ser que esté loco; pero se le debe respeto.» Sale de Dakshineswar en esta confusión mental; y si se le preguntara, en este momento, sobre sus relaciones con Ramakrishna, respondería sin duda que allí habían acabado.

Pero la visión singular «le trabaja»...

Un mes más tarde, vuelve a pie a Dakshineswar...

—«Le hallé solo, sentado sobre su

pequeño lecho. Sintiose feliz de verme y llamándome afectuosamente me hizo sentar cerca de sí, a un lado del lecho. Pero un momento después, le advertí agitado por alguna extraña emoción. Con los ojos fijos sobre mí, murmurando entre dientes, se acercaba lentamente. Pensé que probablemente iba a entregarse a alguna nueva excentricidad, como la vez precedente. Pero antes de que pudiese preverlo, había puesto sobre mi cuerpo su pie derecho. El contacto fue como de rayo. Con los ojos bien abiertos, vi los muros y los objetos del cuarto atorbellinarse y desvanecerse en la nada... El Universo entero, al mismo tiempo que mi individualidad estaban próximos a abismarse en un vacío sin nombre, que devoraba todo lo que es... Aterrorizado, creí que me hallaba frente a la muerte... Incapaz de contenerme, grité: «¿Qué es lo que hacéis? Tengo padres y hogar!» Entonces él se puso a reír, y pasando su mano por mi pecho, dijo: «Está bien; dejemos esto por el momento... Todo vendrá a su tiempo!» No bien hubo dicho estas palabras, cuando el extraño fenómeno desapareció. Torné a hallarme en mí mismo. Y todo, dentro y fuera, estaba como antes...»

Trascribo el emocionante relato absteniéndome de toda reflexión inútil. Cualesquiera que sean las que haga el lector de Occidente, no podrá menos de quedar absorto ante la potencia alucinatoria de esas almas de la India, que recuerda a los visionarios apasionados de Shakespeare. Agreguemos que el visionario aquí no es un espíritu débil, crédulo y sin crítica. El se revuelve contra su visión. Su fuerte personalidad, advertida de los peligros, es violentamente refractaria a toda acción hipnótica, y desde luego se pregunta si no habrá sido el juguete de algún mesmerismo. Pero de esto no muestra ningún indicio. Aun tembloroso del ciclón, se mantiene cauteloso. Pero, después de este gran choque, el resto de la visita es enteramente normal. Ramakrishna trata al visitante con una bondad simple y familiar, como si nada hubiera pasado.

A la tercera visita—probablemente una semana después—Naren se muestra a la defensiva, armado de toda su crítica. No permite que se le acerque y Ramakrishna no trata de ensayarlo. Pasean, en el jardín. Luego, entran al salón; y Ramakrishna cae en éxtasis. Naren lo observa. Pero, a mitad de su examen, es sorprendido con pérdida de consciencia a su vez. Cuando vuelve en sí, mira a Ramakrishna que le mira y le pasa la mano por el pecho.

Más tarde, el maestro dirá a sus discípulos.

«—Mientras que él se hallaba en este estado, le hice algunas preguntas sobre sus antecedentes, sus orígenes, su misión en el mundo y la duración de su vida mortal. Entró él en el fondo de sí mismo y me dió la respuesta. Y ellas no han hecho más que confirmar lo que yo había visto de él. Estas cosas permanecerán en secreto. Pero de esta suerte supe que se trata de un sabio, maestro en la meditación hasta lo sumo, y que el día

⁽¹⁾ Ramakrishna dijo más tarde: «No vi en él atención alguna al cuerpo; nada de gallardías, ninguna liga con las cosas exteriores... y sus ojos!... Parecía que alguna potencia hubiera atraído hacia adentro su espíritu. Yo pensaba: ¿Cómo es posible que un hombre como éste viva en Calcuta?»

⁽²⁾ Determinado aspecto del *Brahman*, el Hombre Cósmico, la Grande Hipóstasis (V. Paul Masson-Oursel, op. cit. p. 105 y passim).

⁽³⁾ Así, desde las primeras palabras, en su delirio, indicaba a Vivekananda su deber de servicio social, al cual éste iba a consagrar su vida y que hizo distinguido su papel entre los «videntes» de la India.

⁽⁴⁾ Otro relato, que cuenta Vivekananda en su Conferencia *My Master*, (Vida de Viv. edición de 1914, vol. I, pág. 212) dice que es Vivekananda quien, dirigiéndose directamente a Ramakrishna, le propone la cuestión eterna, que le mantenía enfebrecido, de sabio a sabio: «Señor, habeis visto a Dios?», y que Ramakrishna le responde: «Sí, hijo mío, yo le he visto. Yo le veo, en verdad, como te veo a tí delante de Mí: solamente que yo veo al Señor con mayor intensidad, y puedo mostrártelo». Es posible que este diálogo tuviera lugar posteriormente, cuando Vivekananda era ya familiar de Ramakrishna.

Nuevos Rubáyát

=De Nuevos Rubáyát. La Paz, Bolivia. 1927.=

(Seleccionados por E...)

80

Oh almas-islas! Como novias mudas,
virgenes sacras que nacieron viudas!
No hay amor, no hay amor, oh almas-islas,
huérfanas siempre, solas y desnudas!

145

Agur, dicha y desdicha! Agur, la vida!
Si todo miente y a mentir convida
¿por qué plañir sin fin? Sólo los pámpanos
cumplieron la palabra prometida!

182

Fuego sacro que habitas cuanto existe
del pedernal al éter a que diste
soles y estrellas! Di si ardes y dueles
igual doquier como en mi pecho triste!

183

Montes graves, graníticas hazañas,
como inmóvil galope de montañas!
No pasaréis aunque la tierra pase!
Yo os llevo para siempre en mis entrañas!

193

Por un camino doy males y bienes.
Vi en la peor noche un germinar de edenes,
y en la pascua mayor la muerte estaba.
La suerte era una helaira en sus vaivenes

195

Sin libros ya que leer busque a mis prosas
la muda confidencia de las cosas.
Fueron piedras las menos mentirosas,
las piedras de las tumbas silenciosas!



198

Como un albatros que durmiendo vuela
o alción que boga indemne en la procela,
tenté cruzar las horas; mas siempre hubo
rayo guardián que me mantuvo en vela!

213

Volverá Abril pintando sus enigmas
y aromando otra vez sus paradigmas!
Y ojos ebrios leerán de nuevo en vano
la cifra escrita en mágicos estigmas!

224

Escrito está: no hay freno a tal porfia.
Por más que sea el mal y el Hado ria,
doquier sale una voz de toda boca
que implora: «todavía, todavía!»

Franz Tamayo

Lea la obra completa. Pidala al Adf.
del Rep. Am. Precio \$ 3.00 (0.75 oro am.)

230

La tela de las burlas teje el Sino,
en eterno telar mágico lino!
Mas quien tiene la llave de la vida
puede romper la trama del Destino!

232

La mano ciega que esgrimió la espada,
si mirara a través de la estocada,
con qué terror soltara el hierro loco
viendo a qué lado va la puñalada!

253

Mas lo escrito en la nieve o en la roca,
si lo dictó el Destino con su boca,
sólo se borra de cumplirse un día,
irrevocable, pues jamás revoca!

254

Y lo escrito en la roca o en la nieve,
si una vez se borró en hora breve,
es para siempre, es para siempre, oh alma,
pececillo cautivo en red alevé!

258

A ese sabor de alóe y acre cidra
esa paloma fiel se hizo una hidra,
y un mal mayor halló mirando cómo,
cómo agota su linfa la clepsidra!

259

Por breve vida de pecado llena
guarda un infierno sempiterna pena.
Antes que el pecador ya era el pecado,
y aun antes de nacer hay ya condena!

en que llegara a conocer su naturaleza real, repudiaría su cuerpo, por un acto de voluntad... (1).»

Por esto, no se le reveló de modo alguno, pero le trató como correspondía. Naren tuvo, entre los discípulos, un lugar privilegiado. Faltaba, no obstante, que Naren aceptase este título de discípulo. No quería él serlo de cualquiera. Ciertamente estaba sorprendido de la potencia incomprensible de Ramakrishna; y le atraía como un imán al hierro. Pero había en él un metal duro. Su razón no admitía tal empresa. Si antes, en sus relaciones con el racionalista Brajendra Seal era su corazón el que reclamaba contra el intelecto, aquí el intelecto desconfiaba del corazón. Está bien resuelto a mantener su independencia, a no aceptar nada del maestro que no estuviera rigurosamente controlado por su razón propia. La fe sin crítica de los demás provocaba su desdén.

No puede imaginarse más extrañas relaciones que las que se establecieron entre el joven y el viejo gurú (2). Naren odiaba las formas de piedad sentimental, las lágrimas, y todo cuanto él tildaba de femenino. Naren lo discutía todo. Jamás abdicó, ni en una línea, de su inteligencia. Era el único que solía pesar las palabras de Ramakrishna. El único en

dudar. Mas, lejos de disgustarse, Ramakrishna lo quería más. Antes de encontrar a Naren, se le oía orar:

—«Oh, Madre! Dame a alguien que ponga en duda mis realizaciones!»

La Madre se lo concedió, y con exceso. Naren negaba a los dioses hindúes. Y al propio tiempo rechazaba el *advaitismo*, que trataba de ateísmo. Se burlaba abiertamente de las conclusiones de las Escrituras hindúes. Decía a Ramakrishna:

—«Aunque millones de hombres te llamaran Dios, si yo no obtengo la prueba por mí mismo, no lo diré nunca.»

Ramakrishna lo aprobaba, riendo.

Decía a sus discípulos:

—«No aceptéis nada porque yo lo haya dicho. Probadlo todo por vosotros mismos!»

La crítica encarnizada de Naren, sus discusiones apasionadas, le maravillaban de gusto. Mostrábase lleno de respeto por esta quemante sinceridad intelectual, por esta caza furiosa de la verdad; en ello veía una manifestación de la potencia civaica, que termina por dominar todas las ilusiones. Decía:

—«Ved, ved que poder de penetración. Es un fuego rugiente, que consume todas las impurezas... Maha Maya (1) misma no puede acercársele más cerca de diez pies; es por la gloria que ella le ha comunicado...»

Y el saber de Narendra le causaba

(1) Es decir, Maya la Grande, la Grande Ilusión, la Madre.

tales gozos que éstos acababan a veces en el éxtasis.

Pero, por momentos también, la áspera crítica sin miramientos hacía sangrar al viejo maestro. Naren le decía sin rebozo:

—«Vuestras «Realizaciones»! ¿Qué sabéis si no son los efectos de vuestro cerebro enfermo, alucinaciones?»

Y Ramakrishna, humildemente, en su turbación íbase a pedir confortamiento a la Madre, que le decía:

—«Paciencia! Bien pronto los ojos de Naren estarán abiertos...»

Alguna vez, cuando las discusiones eternas entre Naren y los discípulos terminaban por cansarle (1), oraba:

—«Oh Madre! Pon un poco de tu Maya en Naren!» a fin de que se aplacase un tanto la fiebre de esta inteligencia y que el corazón pudiera tocar a Dios.

Pero el genio atormentado de Vivekananda gritaba:

—«Yo no deseo a Dios, yo deseo la paz, es decir, la verdad absoluta, la infinitud absoluta...»

No advertía que tal deseo franqueaba los límites de la razón y atestiguaba la imperiosa exigencia del corazón. Su inteligencia no se contentó nunca con la prueba de Dios. A la manera india, decía:

—«Si Dios es real, debe ser realizado!»

(1) Él solía decir de las discusiones: «El agua derramada en un recipiente vacío hace un glú-glú. Pero cuando el vaso está lleno, ya no se oye ruido. El hombre que no ha alcanzado a Dios anda lleno de vanas disputas sobre la existencia y la Divinidad. Pero el que ha visto a Dios, goza en silencio de la divina felicidad» (Sri Ramakrishna's Teachings, T. I. 203).

(1) Vida de Ramakrishna, p. 439 y sig.

(2) Naren vivió cinco años con Ramakrishna, conservando siempre su casa en Calcuta. Iba a Dakshineswar una o dos veces por semana, y algunas pasaba cuatro o cinco días al lado del Maestro. Si permanecía ausente una semana, Ramakrishna le hacía buscar.

Y he aquí que él percibió, gradualmente, que aquel extático, de quien pensaba al principio que estaba entregado a los impulsos del corazón, era infinitamente más maestro que él en el campo de la inteligencia. Más tarde, dirá de Ramakrishna:

—«Era un completo bhakta por fuera y perfecto jnanin por dentro... Yo soy todo lo contrario...»

Pero antes que llegara a esta constatación y de que su fiera independencia se remitiera voluntariamente a las manos del maestro, le buscaba y le huía; y así hubo entre ambos un juego recíproco de atracción apasionada y de secretos combates. La brutal franqueza de Naren, su falta de maneras para todo lo que despreciaba, la guerra implacable que había declarado a todo charlatanismo, su indiferencia altiva a la opinión, le atraían las enemistades y las calumnias, que desdeñaba de recoger.

Jamás Ramakrishna toleró su expresión delante de él. Estaba seguro de Naren. Decía que aquel joven era el oro más puro y que ninguna mancha del mundo podía alcanzarlo⁽¹⁾. Temía solamente que esta admirable inteligencia no se perdiera en el camino y que la multiplicidad de potencias que se disputaban en él no acabara en algún mal empleo, como la fundación de una nueva secta, o de un nuevo partido, en lugar de consagrarse a la obra de unión y de unidad. Sentía por él una afección apasionada, cuyas manifestaciones inquietas o enternecidas, cuando Naren permanecía alejado algún tiempo, apenaban o irritaban a éste. Ramakrishna mismo sentía vergüenza de ello. Pero no podía impedirle de mostrarla. El ponía a Naren fuera de sí, por sus elogios excesivos, que públicamente rebajaban la gloria reconocida de un Keshab por bajo de la problemática de este joven que no había aun producido nada. Iba en su busca, en las calles de Calcuta, y hasta el templo del Sadharan Brahmosamaj⁽²⁾ donde su entrada imprevista, durante el oficio, provocaba un escándalo y le atraía juicios despreciativos. Naren, a la vez mortificado y tocado, le hablaba duramente, a fin de desembarazarse de esta persecución. Le decía que nadie debe aproximarse sin medida a otro sér; que si Ra-

makaishna le amaba mucho él caería de su altura espiritual y se volvería semejante a aquél. El cándido y puro Ramakrishna le escuchaba, alarmado, e iba a pedir consejo a *la Madre*. Pero regresaba reconfortado:

—«Ah, pícaro, le decía, no te escucharé más. La Madre me ha dicho que yo te amo, porque yo veo al Señor en ti. El día en que no le viera más, no podría siquiera soportar tu presencia.»

Bien pronto los papeles cambiaron. Vino el tiempo en que la presencia de Naren fue acogida por Ramakrishna con una completa indiferencia; no aparentaba siquiera notarla y se entretenía con los otros. Este estado se renovó durante varias semanas. Y no obstante, Naren volvía pacientemente. Ramakrishna le preguntó por qué, puesto que él ni le hablaba más. Y Naren respondió:

—«No son solamente sus palabras las que me atraen. Yo le amo y tengo necesidad de verlo.»

El espíritu del Maestro se apoderaba poco a poco del discípulo rebelde. En vano tomaba éste a risa todas las creencias de Ramakrishna,—los dos extremos: tanto el culto de las imágenes como la fe en la Unidad Absoluta,—la fascinación de Dios lentamente operaba:

—«¿Por qué venís aquí si no queréis reconocer a *Mi Madre*?—le preguntaba Ramakrishna.

—«Estoy obligado a aceptarla, solamente porque vengo aquí?», replicaba Naren.

—«Muy bien, decía el Maestro. De aquí a algunos días, no solamente la aceptaréis sino que lloraréis en su Nombre⁽¹⁾.»

(1) Brajendra Seal ha confesado el estupor que le causó el espectáculo del iconoclasta Narendra, despreciador de las supersticiones y de los ídolos, en adora-

Lo mismo sucedió cuando Ramakrishna quiso abrir a Naren las puertas del Vedantismo Advaitista, de la identidad con el Absoluto. Naren rechazaba tal idea como una blasfemia y como una insanidad. No desperdiciaba ninguna oportunidad de ridiculizarla; y un día, otro discípulo y él reían a mandíbula batiente de esta extravagancia: «Este cántaro—decían, es Dios... Esas moscas son Dios...» De la pieza vecina, Ramakrishna oyó sus risas de grandes escolares. Llegó tranquilamente. Estaba en un estado de se-

ción delante de Kali y delante sus sacerdote. Y le juzgó sin indulgencia. Hasta el día en que la curiosidad le empujó a hacer una visita a Dakshineswar. Allí pasó medio día y volvió en un estado de aturdimiento moral y físico. Todas sus ideas establecidas vacilaban. Sin comprenderlo, estaba subyugado por la atmósfera que se desprendía de la sola presencia de Ramakrishna. Puede haber un interés en conocer estas reacciones inesperadas de un gran intelectual, racionalista, alto universitario, y que ha guardado hasta el día su firme juicio:

—«...Observaba con intenso interés la transformación que se operaba en mi amigo. La actitud de un joven y fogoso Vedantista, hegeliano y revolucionario, como lo era yo, frente a los transportes religiosos de Naren en su adoración a Kali, se puede imaginar. El espectáculo de un iconoclasta nato, de un librepensador nato, como Naren, de un domador de almas, cogido él mismo en las redes de lo que me parecía un misticismo grosero, era un enigma que mi filosofía de la razón pura no llegaba a descifrar... Por curiosidad patológica, fui en fin a Dakshineswar, para ver el Maestro de Naren. Pasé un día de verano en la soledad umbrosa y apacible de los jardines del templo; y hacia la puesta del sol volví, entre los torbellinos de una tormenta, entre los ronquidos y las tinieblas de una espantable tempestad de rayos cegadores, presa de un sentimiento de confusión tanto moral como físico. Apercibía obscuramente esta verdad de que la Ley ordena, también lo irregular y lo grotesco aparentes; que el dominio de uno mismo puede residir bajo la apariencia de la falta de juicio; que los sentidos en sus errores mismos no son más que la Razón latente, y que la fe de un Poder salvador *ab-extra* no es más que el obscuro reflejo de un acto original de determinación personal. Y la confirmación de esto radica en la vida ulterior de Vivekananda, quien, después de haber hallado la firme seguridad que buscaba, en la gracia y el Poder salvadores de un Maestro, partió predicando y enseñando el Credo del Hombre Universal, la absoluta e inalienable soberanía del Ser» (Artículo de Brajendra Nath Seal, publicado en el *Prabhudda Bharata*, 1907, y reproducido en la Vida de Vivekananda, I. 177).



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza**

— y —
La Sastrería

LA COLOMBIANA
de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283

(1) Saradananda, que fué más tarde uno de sus amigos y discípulos más devotos, y que ha escrito la mejor historia de sus relaciones con Ramakrishna, confiesa que él mismo estaba indispuerto contra Narendra, cuando le halló por primera vez en casa de un amigo común: pues nunca había oído hablar sino mal de él, excepto Ramakrishna. Y su primera impresión confirmó sus opiniones. Naren entró, bien puesto y bien peinado, el aire desdeñoso; se extendió, canturreando un cauto *hindí*, y se puso a fumar, sin cuidarse de los presentes. Pero en el curso de la discusión trabada sobre la literatura contemporánea, tomó parte y manifestó de pronto la altura de su sentido estético y moral, así como su predilección por Ramakrishna:—único hombre, decía él, que hubiera hallado realizando en su vida, sin ningún compromiso, el ideal interior (V. el capítulo: Vivekananda y Ramakrishna, del último volumen de la gran biografía de Ramakrishna, por Saradananda; Divya Bhava, publicado en la revista ramakrishnista *Prabhudda Bhavata*).—Lejos de falsear la fe de Naren en sí mismo, la encarecía. (Ramakrishna). Le reconocía privilegios sobre los demás discípulos, autorizándole a tocar no importa qué impuros alimentos. Decía que, para él, esas cosas no tenían importancia).

(2) La rama del Brahmosamaj separada de Keshab. Era la más intransigente, del punto de vista nacional hindú; y es digno de notarse que Naren se le había reunido. Ramakrishna tenía, en ella, muchos enemigos que le tenían encono por su influencia sobre Keshab.

mi-consciencia. Tocó a Naren (1). Y sobrevino, de nuevo, el torbellino del espíritu. A los ojos de Naren, instantáneamente cambió todo. Veía, estupefacto, que nada existía sino Dios. Volvió en sí; y todo lo que veía, tocaba, comía, era Dios... Se detenía al actuar, absorto por la vida universal. Sus parientes se inquietaban y le juzgaban enfermo. Tal estado persistió algunos días, y luego se disipó. Pero el recuerdo persistió en Naren, como un anticipo del estado advaitico, y no volvió a permitirse negarlo.

Más tarde pasó por tempestades místicas, y repetía como un loco: «Çiva,

Çiva!...» Ramakrishna le miraba, con piadosa inteligencia:

—«Sí... eso me ha durado doce años...»

Pero su naturaleza leonina, que pasaba, a grandes saltos, de la ironía negatriz a la iluminación, no hubiera jamás sufrido ni aceptado una transformación durable si el choque no le hubiera venido del interior sino del exterior. El rudo látigo de la desgracia le arrancó de pronto de su comfortable duda, de su intelectualismo de lujo en que se complacía, y le lanzó de lleno en el problema trágico del mal y de la existencia.

Romain Rolland

Tradujo Rafael Cardona.

(Concluirá en la entrega próxima).

Persiflage

Cambiamos la máscara

= Colaboración directa =

Para el Licenciado don Teodoro Picado, que dejó la práctica de la abogacía por la de la enseñanza; actual director del Instituto de Alajuela; con preces a los dioses para que le conserven intacto su continente de hombre libre.

Hoy tuve que ir a San José. Mejor no digo nada de lo a que fui. Qué rebajado, qué humillado me sentí en cierto despacho a que tuve que ir, donde el hombre de cultura, el hombre de escuela, el maestro en suma, no es más que un empleadillo público a quien los insulsos empleadillos de veras, recogedores de la baba de los empleadillos superiores, porque allí son empleadillos todos, tratan con desprecio y condescendencia cuando no con desprecio y altanería. ¡Ojalá nunca tenga que pisar otra vez esas oficinas! Para saber hasta donde puede llegar un ser humano cuando coge por el camino de la repugnancia, no hay más que colocarlo en cualquier puesto en el que con razón o sin ella se sienta con autoridad sobre gente necesitada.

Creo que escribo con brillantez más que común, y lo digo porque estas mis eutrapelias que a nadie se le ha ocurrido atribuírmelas, se las atribuyen, en cambio, a los más cultos ingenios nacionales y hasta a cierto extranjero distinguido de nombradía continental, como juzgándolas demasiado buenas para ser divagaciones de un simple maestro de mi Escuela. Así es de baja la opinión que se tiene del profesorado en Costa Rica. Si en vez de escribir con mi pizca de sal propia, un poco amarga, y aprovechando los libros que he leído, y abriéndome el corazón, hubiese rebuznado y vuelto a rebuznar, entonces no se dudaría de mi auténtica calidad herediana. Estoy satisfecho con mi triunfo, pero no soy tan mezquino como para dejar que me envanezca. Al contrario,

me han entristecido los elogios que oí de mi seudónimo.

He pensado, pero es cosa de imposible realización, que así como he resultado escritor brillante con sólo armarme de un escudo que me oculta y defiende, podría tal vez resultar también brillante, ameno, bien informado y sugestivo al hablar, en la cátedra o en la tribuna, si pudiera ponerme máscara como hacían los actores trágicos de Atenas y como aún hacen los de Japón y China, o colocarme detrás de un biombo, como los que aspiran a premios en los certámenes de ejecución de música. ¡Ponerme máscara para poder así quitarme la que me han puesto; esconderme de los ojos de todos para así ser capaz de desnudarme!

¿Entendéis lo que quiero decir? Quiero decir, que del maestro, en Costa Rica, se tiene formada una idea arbitraria tan fuerte, con fuerza ejercida de mil sutiles modos morales, sociales y económicos, coercivos todos, que ella acaba por imprimir sus rasgos en el individuo aboliéndole su personalidad propia.

Había, en un cuento de Chsterton, un hombre que hacía unas admirables máscaras; y no sólo las hacía sino que las ponía a sus clientes con tanta habilidad, que era punto menos que imposible adivinar que no eran el rostro natural. Y aconteció una vez que un sujeto malo ardió en deseo de una niña muy linda y muy virtuosa. El sujeto malo era tan malo que la maldad, no cabiéndole en sus adentros, le brotaba por todos los poros y lo hacía horrible de feo. De manera que, cuando acosó a la doncella deseada, ella se asustó y le hizo mil cruces. ¡Tres veces feliz ella, que no era ni calumniada, ni pobre, ni maestrilla de escuela! Podía defenderse; podía y pudo rechazar al mal encarado pretendiente. Hombre a quien jamás le faltaban recursos—malo, de veras malo,—acudió el desairado al hacedor

de máscaras, y cuando salió del gabinete del brujo, Rafael lo hubiera tomado para modelo de arcángel, o Leonardo para el de San Juan apóstol.

Rondó la casa de la niña infeliz y la vio suspirar de solo verle. Quiso el perverso hacer una mueca lúbrica, sonreír una sonrisa obscena, pero la máscara se lo impidió y la cara que puso fue de angelical encanto. La niña le arrojó, desde su alto balcón, el lirio que tenía en las manos, y sólo porque su madre la llamaba, o porque su ángel custodio la haló adentro, se retiró de vista del galán.

El enmascarado, contentísimo, se dirigió a su club y fue a sentarse en su mesa acostumbrada; nadie lo conoció, nadie quiso jugar con él, se le pidió cortesmente que se retirara porque los grandes jugadores habían llegado; y alegre más bien que enojado retiróse guardando su secreto.

El cuento es largo; os lo haré corto. Lo que fuera lujuria se convirtió en amor, en amor casto y más fuerte que la muerte. El enmascarado se casó. Pero para casarse tuvo que confesarse primero, y cuando se confesó, el cura que era buen católico a quien las brujerías no espantaban, en vez de anatematizarlo, le dijo con la mayor naturalidad:—Hijo, estoy seguro de que hiciste lo que convenía para ganar el corazón de niña tan preciosa. Una sola cosa te falta para que sea tuya por los siglos de los siglos. ¿Qué, padre? Quitarte la máscara.

Aquí no recuerdo cómo iba el cuento. Tal vez me salté al leerlo, uno o dos párrafos: ardía en curiosidad de ver si se la quitaba o no. ¡Se la quitó!

Se la quitó, y, ¡oh milagro! su cara propia había cambiado. La máscara había perdido con el tiempo y el uso y el jabón y el sol la frescura del color; su rostro propio, en cambio, estaba fresco más que flor recién abierta. Y cuando iban al altar ella y él los concurrentes, se quedaron extasiados de contemplar la belleza angelical de él y de ella.

A los maestros nos ocurre lo mismo en Costa Rica, pero al contrario. ¡Qué máscara de pedantería, de infelicidad, de solemne babiecada la que nos han puesto! Es la máscara para ir a San José al despacho de que antes hablé, la máscara para pedir audiencia, la máscara para recibir los desprecios de los empleadillos detestables, la máscara para hablarle al director y explicarle por qué llegamos tarde o por qué andamos retrasados en el cumplimiento del programa, la máscara para saludar al secretario de la Escuela, para conversar con los otros maestros, para presentarnos en público, para dar clase, para vernos a nosotros mismos y comiserarnos de nuestra suerte. Y todos llevamos la misma máscara. Se nos puede conocer, se nos conoce, a la legua, por el modo de pararnos, con los pies paralelos, inhumanamente paralelos, en vez de en ángulo; por el modo, como de borregos, de menear la cabeza; por la sonrisa, la sonrisilla, servil, tímida, una sonrisa que si fuera animal sería conejo, sería ratón, sería cucaracha de largas antenas miedosas; por el deje llo-

(1) Para los hombres de ciencia, que escrutan estos problemas psicofisiológicos, es importante anotar que esos «toques» que provocan en los individuos experiencias de inmediatos cambios de estado, son casi siempre (si no siempre), producidos en un estado de semi consciencia o de hipnosis completa de Ramakrishna. Nada de análogo a la acción calculada de una voluntad, independiente de las energías que ella maneja. Se diría que él se entrega el primero y que luego arrastra a los demás hacia su propio abismo.

ronzuelo y el timbre incoloro de la voz, por todos los detalles, en fin, de la máscara que el desprecio del país por la cultura académica nos ha obligado a llevar para poder ganarnos el pan duro y amargo y encenizado del magisterio docente.

Es máscara de pobreza. Pobreza material y espiritual. Pobreza especialísima. No la que tú alababas, de lindos pies desnudos, oh seráfico Francisco que le predicabas a los pájaros, sino una pobreza con calzado del más barato, del chirrión, del que hace callos; hasta cuando, queriendo tener un gesto independiente, nos compramos calzado fino y caro, al poco tiempo, por el maldito paradito maestril, los zapatos se vuelven feos, pierden la buena línea, abultan por los juanetes, se levantan de la punta, en suma fracasan lamentablemente. Ni es la pobreza del pícaro, pobreza alegre, concedora de caminos, y de bolsas ajenas, pobreza de vivo olfato sabio, y que sabe reír a carcajadas aunque no tenga dientes, y que dice lo que le importa el mundo con jovial insolencia. No; la pobreza del maestro es vergonzante, oh Rabelais!

Aquí cabe decir una cosa importante. No es más estudio lo que necesitamos los maestros. De la veintena que somos en mi escuela, a los ocho que conozco íntimamente les reconozco una erudición que hubiera dejado pasmados a Aristóteles, a Dídimo de Alejandría, a Erasmo de Róterdam. Si por desgracia (pero, ¿sería desgracia?) la guerra que todos los altos espíritus de la civilización moderna temen con temor clamoroso se desata ya, y las bibliotecas y pinacotecas y museos y universidades del mundo fuesen destruidas y se volviese a la oscuridad que los nórdicos esparcieron sobre Europa cuando se echaron como langostas sobre la decadente civilización de Roma, me atrevo a asegurar que bastaría con que mi escuela quedara en pie en medio de la ruina universal para que esos ocho que digo pudieran reconstruir el

Hacia una Interpopular del Magisterio...

(Viene de la página 139.)

Escuela de liberación por el pensar y el sentir y el querer puros; por el hacer, sí; pero el hacer *gratuito* y desinteresado, hacer *ocioso* que la vida cruel nunca otorga. Hacer donde se aprende el trabajo libre a que todo hombre aspira; aquel que daríamos *gratis*; aquel en que la energía productora por dolorosa que sea se resuelve en placer, como en el juego. El hombre que no llegue a alcanzarlo es siempre esclavo.

Invocando esa escuela tan antigua y hasta hoy patrimonio aristocrático únicamente de los privilegiados, deseo que salude a los amigos de América ya que conquistarla sin diferencia para todos los hombres, estimo que sea el ideal aunque lejano, más pleno de libertad y de justicia a que en el orden de la Educación debería aspirar toda alma noble.

Y que la paz le acompañe.

Su afectísimo,

Manuel B. Cossío

Madrid, 22 de enero, 1930.

saber humano mejor que lo hicieron los humanistas del Renacimiento. No es saber más lo que nos hace falta, sino saber qué hacer con lo mucho que sabemos. Nos cohibe la máscara. Y cuando nos la quitamos, como a veces sucede, quedamos lo mismo. Lo que necesitamos no es sólo abolir la máscara, sino cambiarla.

Yo ya escogí la mía nueva. La hallé en Cervantes. Me leen y no me reconocen. Como andaba en automóvil en San José me traje de su covacha a don Joaquín, casi a la fuerza. Él también tiene su máscara, su biombo más bien, todo de libros. Y los tres, Gissing, él y yo, nos hemos reído como chiquillos de la torpeza de los lectores de *Repertorio* que me conocen pero aún no dan conmigo.

Persiles

Casa de Gissing, febrero, 1931.

Postdata.—Gissing me dice que el cuento de la máscara más bien le parece de Sir Beerbohm Tree que de Chesterton. De este escritor no tengo noticias; por primera vez oigo su nombre. A Gissing como que no le gusta Chesterton. ¿Por qué será?

Cartas hiperbóreas

El crepúsculo de las dictaduras

3

(Véanse las entregas 5 y 6.)

Incluyendo a Machado—que acaba de disolver las Cámaras—declarándose *dictador*, medida que se tomó de noche como en los días de Roma, hay ya más de media docena de *presidentes* que erran por el mundo o eliminan uratos en la cabina de un crucero de guerra.

El dictador cubano responde así a la campanada, a la *sonnette-d'alarme* que vibra desde el inmediato Santo Domingo hasta las soledades patagónicas.

En Roma nombrábase un dictador en casos de conflicto máximo para la patria: la amenaza

exterior, las rebeliones internas de esclavos. Y lo nombraban de noche exclusivamente para dar a entender, con esa forma emblemática y solemne del antiguo mundo latino, que aquella designación era sólo por breve tiempo, como el transcurso de la sombra a la luz del día siguiente.

Desde el punto de vista simbólico, la medida que con sus presidentes de cámara y de partido, su ministro de guerra y gobernación y sus policías ha tomado el general Machado, es correctísima.

Sin embargo, es una prueba máxima de debi-

lidad. Se le acabó la tan reputada mano izquierda; el político de Santa Clara pasa a menocalizar de un modo inesperado y truculento; ¡y que este engendró ilegal sea parto de las agrupaciones liberales de Cuba! Y que al fin de tantos juramentos y tanto invocar apóstoles, vírgenes y mártires, el magistrado reelecto de Cuba descienda su toga de doctor *honoris causae* de la Universidad de la Habana para convertirse en una catástrofe constitucional... Y que todas las orientaciones de mejores días se desorientan de un modo tan lamentable, bajo el ojo burlón del vecino rubio.

Es el caso que, aparte este nuevo candidato hoy más que probable para el *exilio* o el refugio a bordo, los países hispanoamericanos deberían ponerse de acuerdo y formular un proyecto de seguridad, de ornato, y de sanción serena.

Es menester que se internacionalice alguna isla pequeña, cómoda, salubre, con buena agua, con clima suave, en donde cada país pudiese enviar indefinidamente sus *ex-dictadores*, construyendo el respectivo pabellón como en las exposiciones. Una isla feliz, refugio de los déspotas caídos en la que podrían dedicarse a sus diferentes manifestaciones de exilados por *la ingratitud y la incomprensión de sus ex-gobernados*

La policía de la isla quedaría a cargo de una comisión permanente internacional, y cada país tendría derecho a exigir informes de la salud y de las actividades de su aislado.

El aspecto mejor de tal proyecto radica en que se les arrebataría el último expediente que estos comediantes vitalicios intentan ante la historia: el destierro y sus miserias.

No; en la isla estarían en una especie de territorio anseático regido por autoridades que no les fuesen ni hostiles ni sumisas, pero guardando para con ellos una absoluta imparcialidad civil. Seguramente se tratarían con el afecto de la común desgracia. Llevarían una existencia sosegada y podrían aprender desde lejos, como una enseñanza única, si bien desolada, que los países continuarían marchando, tropezando, cayendo, levantándose, sin necesidad de que una persona se imponga la tarea de llevarlos a tirones de la mano como ciertas madres torpes e impacientes que llevan a rastras al chiquillo cuando no puede ni tenerse de pies...

En casi todas partes creo que existe una pensión vitalicia para los ex-presidentes a fin de que no den espectáculos lamentables luego de caídos. Pues bien, con esas pensiones podrían cubrirse los gastos del amable retiro post-presidencial, ya que lo malhabido—como está sucediendo por ahí—deberá reintegrarse a donde se tomó, y no es cosa de que uno de nuestros ex-presidentes—pícaro y todo—lo vayan a estar nutriendo de limosna. Si es que dejó sus dineros por ahí, ocultos en un banco, la residencia en la *Isla de las Meditaciones* le impediría, por su simplicidad, disfrutar de lujos y goces extraordinarios.

Pero aun en el caso de que parezca poco económico en esta hora de crisis ordenar tal erogación ¿no sería una solución suprimir esa cuota inutilísima y hasta perjudicial para el sostenimiento de la Unión Panamericana y dedicarle esa partida a la Isla de las Meditaciones?

José Rafael Pocaterra.

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8.

Santiago (Chile).

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica